

Vida Moderna

Tomo XII.

SEPTIEMBRE, 1903.

AÑO III

Godofredo Chaucer (1)

I

El pasaje de unos pueblos sobre otros, en aquel flujo y reflujo de la conquistista y de la guerra, que constituyen el movimiento de la vida en las sociedades antiguas, ha dejado en la historia de las naciones una huella semejante á la que marcan las grandes crecien-

(1) JULIO HERRERA Y OBES reúne todas las condiciones que Taine exigía en sus discípulos y á las que se cumplían en llamar sus únicos preceptos: nació con ingenio, que halla origen en una larga ausencia de intelectuales, y ha procurado á su espíritu por labor propia, las condiciones necesarias para que descuelle entre los de un ambiente y entre los de una época.

Hijo del doctor Manuel Herrera y Obes y nieto de don Nicolás de Herrera, él, poseedor de talentos y de cultura no inferiores á los de aquéllos, ha debido ser ante todo y por sobre todo, un hombre de estudio y de meditación.

Sin embargo, el escenario en que le ha tocado actuar, el de un país que sale apenas del período de establos, poco propicio aún á las puras abstracciones, sordo hasta ahora á la especulación mental, ha cambiado el rumbo á sus aptitudes. Sucede con las democracias en formación lo que con las aenas inferiormente organizadas: toda la savia que los ánima está solicitada por las funciones primordiales de la vida.

El país, ha absorbido de esta manera, la actividad de los elementos más avanzados, para hacerlos partícipes de las sacudidas y las perturbaciones de su crecimiento.

Para hacerle vivir la vida agitada de cada día, los ha apartado de la labor serena y útil; les ha impedido elevarse por obra duradera el recuerdo de sus merecimientos, para arrojarlos á contiendas perpetuas que esterilizan, que desvirtúan, que llevan fatalmente á error.

La existencia del doctor Herrera ha debido ser, pues, de lucha y de actividad material; en ella la investigación científica y el culto de las letras han sido, por desgracia, accidente y no ley.

Pero, si el historiador deberá estudiar, ante todo, en la personalidad del doctor Herrera y Obes al diputado, al senador, al ministro, al presidente de la república, verá también en ella, y con aplauso que no ha de levantar resistencias, al juriscónsulto, al crítico sagaz, al hábil periodista, al literato, al orador eloquentísimo. «El Siglo» y «El Herald» conscrvan en sus columnas la huella de ese espíritu vigoroso.

Pero él no debe limitarse en obra inconsistente y efímera, su rol de hombre superior en la evolución de la sociedad de que forma parte. El país ha arribado ya á una nueva etapa, y aunque tímidamente, su aversidad empieza á manifestarse.

Á Julio Herrera le corresponde un sitio de viejo maestro en la lucha que se inicia: cargo de honor y responsabilidad del que muchos pueden esperar todavía las generaciones jóvenes.—J. L. J.

tes de los ríos en las altas barrancas de la costa. Aguas desbordadas, marcas de sangre, señales del furor de los elementos y del furor de los hombres, que dicen al viajero y al historiador con la muda elocuencia de sus estragos: ¡hasta aquí llegó la inundación, hasta aquí llegó la conquista!

El desarrollo de las relaciones comerciales, la frecuencia y rapidez de las comunicaciones, el contacto pacífico en que viven todos los pueblos de la tierra, la modificación de las ideas y de los sentimientos, operada por el ensanche que han tomado las necesidades y las aptitudes físicas y morales del hombre, han transformado en nuestro tiempo todas las condiciones de la vida social antigua. La ola pujante de la civilización, saturada del espíritu democrático y fraternal del Cristianismo, ha derribado todas las barreras de odios y de preocupaciones nacionales que separaban a los pueblos obligándolos a vivir aislados, mirándose como enemigos irreconciliables, precisados a combatirse y a exterminarse siempre que se ponían en contacto. El mundo es hoy un gran taller donde todos los hombres combinan sus esfuerzos en la realización de una obra común: es un mercado inmenso donde cada pueblo concurre con los variados productos de la industria y de la naturaleza, que ha dejado de tener estaciones y climas, por la universalidad y la libertad del cambio: es un templo magestuoso bajo cuya bóveda estrellada toda la humanidad se congrega en familia, a la invocación de su comunidad de origen y de su solidaridad de destinos, para confundir sus plegarias, sus alegrías y sus lágrimas.

Las fronteras nacionales se allanan cada día más, para dar paso a la locomotora, al telégrafo, a los buques de vapor, a todos esos poderosos agentes de civilización cuya arcana misión es hacer de todos los hombres un solo pueblo y de las nacionalidades, meras expresiones geográficas. El hombre ha desentrañado de la unidad religiosa la unidad moral: la unidad moral conduce lógicamente a la unidad política. Un solo Dios, un mismo destino, una sola patria: he ahí el ideal que la humanidad vislumbra en los horizontes lejanos del porvenir, y hacia el cual camina con paso infatigable, murmurando como el peregrino antiguo, la plegaria de la fe política moderna: la paz permanente y la república universal.

Entretanto, los pueblos se mezclan, los idiomas se alteran, las

ideas se difunden, las costumbres se modifican y las instituciones se prestan recíprocamente sus adelantos y sus conquistas, sin que en esta fusión intervenga ni el choque de la guerra, ni el fuego de las batallas.

Pero no sucedía lo mismo antiguamente, cuando las naciones vivían encerradas dentro de sus muros, reducidas a sus propios recursos. Entonces toda modificación en las costumbres, en las instituciones y sobre todo en el idioma de un pueblo, era la huella sangrienta que había dejado el carro de la conquista al pasar implacable sobre el cuerpo exánime del vencido. La universalidad de la lengua latina en el mundo antiguo es el más imperecedero monumento del poder y de las conquistas de Roma. Aquellos terribles maestros que llevan una espada por palmeta, han hecho entrar con sangre la letra de sus leyes y de su literatura en el entendimiento de los pueblos subyugados. El idioma latino que se hablaba en las Galias cisalpina y trasalpina, representa un millón de hombres exterminados por las legiones de César.

La Inglaterra ha conservado en las alteraciones de su idioma primitivo, el bretón, la huella de las repetidas invasiones y conquistas de que ha sido objeto. Los romanos, los sajones, los dinamarqueses, los normandos ó franceses, han concurrido sucesivamente con los diversos elementos de sus distintos idiomas a formar la lengua inglesa moderna.

El idioma que predominaba en Inglaterra en 1066, al tiempo de la conquista franco normanda, era el anglo-sajón. Guillermo el Conquistador comprendió que para consolidar su dominación no bastaba haber muerto sesenta mil combatientes en la batalla de Hasting, haber asolado las campañas, haber arrasado las ciudades y haber repartido entre sus jefes de bandas y el clero, el territorio conquistado; dividido en 700 grandes baronías y 60,000 sub-baronías; que todo esto era ineficaz si dejaba subsistente el idioma nacional como un asilo abierto al espíritu de resistencia y de reacción. En consecuencia, ordenó que en adelante fuera el francés el idioma empleado en todas las relaciones de la vida pública. Fácilmente se concibe el desarrollo y la preponderancia que el nuevo idioma de los vencedores tomó bajo su influencia dominadora que duró hasta el siglo XIV. El francés era el idioma aristocrático, el idioma

de la literatura y de la política. Si Shakespeare no ha escrito en el idioma de Rabelais, como lo deplora Chateaubriand, se debe á las clases pobres y trabajadoras del pueblo, que, conservando en sus relaciones privadas el idioma natal, mantuvieron puro y ardiente el culto de la patria.

El espíritu reaccionario estalló al fin bajo el reinado de Eduardo III, en el siglo XIV. La Inglaterra llevó á acampar á su vez sus ejércitos vencedores al territorio francés; pero no pudo emanciparse con la misma facilidad, de las cadenas del idioma. El parto de la batalla de Crécy, en que los franceses fueron derrotados, las canciones populares con que se celebraba el triunfo y se escarneaba á los vencidos, estaban escritos en francés, como para recordar á los vencedores que la suerte de las armas no les había sido siempre favorable. En aquellas relaciones, en aquellos sarcasmos pronunciados en francés por bocas inglesas, se veía brillar la empuñadura de la espada de Guillermo el Conquistador, que la Inglaterra conservaba todavía atravesada en sus entrañas. La reacción nacional tenía que volverse naturalmente contra aquel vestigio humillante de la dominación extranjera, y Eduardo III hizo á su vez, para deterrar de Inglaterra el idioma francés, lo que los normandos habían hecho para entronizarlo. El inglés fué declarado idioma oficial, pero esta misma ordenanza real, estaba escrita en francés, y es necesario llegar al reinado de Ricardo III, en 1485, para encontrar los primeros *bills* y actas de la Cámara de los Comunes redactadas en inglés.

Con el fin de contrarrestar esta influencia del idioma francés, que dominaba en la literatura, se buscó un poeta capaz de rehabilitar la lengua inglesa. La elección recayó en Godofredo Chaucer, poeta y prosista de gran talento, que, en las luchas literarias entre el idioma inglés y el idioma francés, se había distinguido por sus poesías en idioma nacional.

II

Godofredo Chaucer nació en Londres, el año 1328. Su padre era un modesto comerciante normando. Así, aquel campeón de la lengua inglesa, aquel enemigo jurado de la Francia, aquel poeta

opulento, aristocrático, emparentado con la familia real, era de origen francés y de estirpe plebeyna.

Chaucer tenía diez y ocho años cuando escribió sobre los bancos de la escuela su primer poema en idioma inglés: *La Corte del Amor*, en que, á través de las frívolas alegorías mitológicas, de las puerilidades insustanciales y de las sutilezas alambicadas que constituyeran la esencia de la poesía de su tiempo, brillaban las cualidades privilegiadas de su ingenio poético. Aquel primer ensayo obtuvo un éxito completo. Existía entonces en Inglaterra una rivalidad inveterada entre el idioma inglés y el francés, que no era sino el reflejo de la lucha política que, desde la conquista, subsistía en el seno de la sociedad. El partido nacional, preponderante con la ascensión al trono de Eduardo III, vió en Chaucer, después de su aparición el poeta destinado á triunfar de la influencia francesa.

Vuelto de un viaje de instrucción á Francia y á los Países Bajos, fué admitido como paje en la Corte de Eduardo III, que lo distinguió con su amistad. Al mismo tiempo su carácter insinuante y amable se captó la amistad y confianza del hijo menor del rey, Juan de Gante, duque de Lancaster, á quien sirvió de confidente y de trovador en sus amores con la princesa Blanca. Con esta poderosa protección, de genio sutil y flexible, supo encontrar fielmente el camino de la fortuna y de los honores. Eduardo III lo llevó á su lado en la campaña de Francia y le acordó fuertes pensiones, lo alojó en palacio y le confió varias embajadas importantes y delicadas en Francia y en Italia.

La muerte de Eduardo III oscureció un instante la estrella de Chaucer. Los celos y prevenciones del violento y despótico Ricardo II contra su hermano el duque de Lancaster, se extendieron á su amigo y favorito el poeta Chaucer, que en vano trató de conservar el favor real á costa de su lealtad y de su honor. Todo lo que consiguieron sus complacencias de cortesano y sus apostasías de partidario, fué, que no se le retirasen las pensiones que disfrutaba. Mal avenido, sin embargo, con la nueva situación, tomó parte en los trabajos subversivos de la facción Lancasterista, y en consecuencia se vió perseguido, proscripto, encarcelado, despojado de sus bienes y reducido á la pobreza. Pero aquel eclipse de su fortuna pasó pronto. El duque de Lancaster que acababa de recon-

ciliarse con el rey, casó en terceras nupcias con Catalina Swinford, hermana de la mujer de Chaucer, que por este hecho se encontró emparentado con la familia real. La influencia de su antiguo amigo y actualmente su cuñado, lo rehabilitó en sus honores y le hizo devolver sus pensiones. Enrique IV, hijo del duque de Lancaster, que sucedió en el trono a Ricardo II, quiso honrar la memoria de su padre en la persona de su viejo amigo, a quien colmó de honores y beneficios durante el resto de su vida. Chaucer murió en Londres el año de 1400 a la edad de 72 años.

III

Ni las agitaciones de su vida azarosa, ni las intrigas de la corte, ni las mudanzas de la fortuna, hicieron olvidar a Chaucer que debía a la poesía su fortuna y su fama. Su musa lo acompaña a todas partes: lo distrae en sus preocupaciones políticas, lo consuela en sus dolores, lo sostiene en la desgracia y le presta su voz simpática para defender y excusar sus debilidades y sus culpas de cortesano.

En el auge de la prosperidad escribe los poemas *Froilo y Crecida*, el *Romance de la Rosa* y el *Palacio de la Fama*. Perseguido y desgraciado, escribe en estilo alegórico y místico para justificar sus inconsecuencias políticas, *El Testamento del Amor*. Repuesto en su antigua opulencia escribe *Cuentos de Cantobery*.

Poeta, soldado, político, diplomático, cortesano, conspirador, enrolado en todos los partidos, salido del seno del pueblo para vivir a la sombra del trono, pasando de la opulencia a la pobreza, y de la pobreza a la opulencia, tan pronto poderoso como perseguido, Chaucer ha corrido todas las peripecias de la vida, ha atravesado todos sus tormentos, ha estudiado a la sociedad en todas sus fases y al hombre en todos sus estados y condiciones.

En sus viajes, en sus misiones, en los campamentos, en la corte, en su familia, ha estudiado, ha aprendido, ha acumulado un caudal de conocimientos generales, una multitud de ideas propias y ajenas que derramará después en sus obras como una cascada de piedras preciosas, falsas en su mayor parte si se las somete a la piedra de toque de la crítica, pero vistosas, brillantes, perfectas-

mente engastadas y combinadas, a punto de hacer completa ilusión a sus contemporáneos, que no se encontraban en estado de poder distinguir entre aquellas joyas, las verdaderas de las falsas. Las veían demasiado de cerca y las veían con ojos enfermos.

IV

Las obras de Chaucer, escritas en un inglés anticuado, ininteligible para la generalidad de los mismos ingleses, sólo tienen un interés de arqueología literaria y son completamente desconocidas entre nosotros.

Para apreciar, pues, su mérito y juzgar el talento del autor, hay que referirse a traducciones fragmentarias, a resúmenes más o menos extensos y prolifos, a opiniones y juicios críticos de autores extranjeros.

Chaucer era un talento flexible, brillante, ligero, espiritual, verboso, a menudo; descriptivo más que apasionado, compilador más que creador, discípulo más que maestro. Su principal mérito está en el estilo, en la abundancia de la frase, en la aptitud para la poesía que en sus manos ha tomado la lengua inglesa; toda su originalidad consiste en la forma, en el colorido, en las imágenes, en la combinación y distribución de los asuntos, en la pintura de las costumbres y a veces de los caracteres.

En cuanto a los asuntos, Chaucer no se impone el trabajo de crearlos: los toma hechos donde los encuentra, en leyendas antiguas o modernas, de poetas extranjeros o nacionales; el derecho de propiedad no lo preocupa para nada. Froissart y Boccacio son sus modelos, sus maestros y sus abastecedores de argumentos para sus poemas impregnados con el gusto de la literatura italiana. *El Romance de la Rosa*, es una traducción literal de Juan Meung; los *Cuentos de Cantobery* son una imitación ingenua del *Decamerón* de Boccacio, *Froilo y Crecida* es un plagio del poema *Solius*, el *Testamento del Amor* es una imitación del *Tratado de los Consueles* de Boécio. Pero sobre este canevás ajeno, ha bordado con los mil colores brillantes de su rica fantasía cuadros verdaderamente originales, paisajes locales llenos de frescura y de vida, escenas de

costumbres esencialmente nacionales, retratos de damas y de caballeros de parecido y de verdad llenos de interés para sus contemporáneos.

¿Para qué más? La poesía de entonces al perder su gravedad primitiva, ha perdido también su sencillez ingenua y monumental. El bardo austero é inspirado de la epopeya homérica, con el ceño adusto y la voz sonora como una trompa de guerra, se ha convertido en el galante trovador de voz afeminada, y el rostro sonriente de un fabricante de madrigales y de canciones amorosas. Distraer, interesar, arrullar el oído con la armonía del ritmo y excitar los sentidos con imágenes voluptuosas; he ahí el fin único que se propone la poesía de la decadencia feudal. Chaucer, cortesano y poeta, ha pagado en versos delicados su tributo al vasallaje, al mal gusto de su época y de su país.

En sus poemas intervienen todas las abstracciones metafísicas de la moral y de la religión, encarnadas en personajes tales como *dama* Riqueza, Fortuna, Alegría; y caballeros Peligro, Trabajo, Fastidio; que se agitan y hablan, ¡y cómo hablan! con todo el vocabulario alambicado de Góngora y con todos los ergotismos abrumadores de la escolástica. En el *Testamento del Amor*, la dama ideal de Chaucer, su mediador celeste, su Beatriz, disertando sobre la vida, le dice entre otras cosas del mismo gusto y claridad: *que la causa de todas las causas es la causa de todas las cosas que no tienen causa*. Es el sello de la época.

V

Cuando se ha llevado una vida semejante á la de Chaucer y se ha recibido del cielo el don de la poesía, no hay más que concentrarse dentro de sí mismo, abrir la puerta al pasado y dejar desfilar los recuerdos en brillante procesión ante los ojos maravillados del lector. Eso es lo que ha hecho Chaucer. Toma un viejo cuento de amor (el amor es la religión de la poesía), y sobre esta base deleznable construye todo el edificio suntuoso de sus poemas: «*Lee, cómo los jóvenes Tebanos Arcita y Polemon, se enamoran de la hermosa Emilia, y de cómo Arcita, vencedor en el torneo, muere y deja su amada en herencia á su amigo y rival.*» «*De cómo*

Froilo se enamora y se hace amar de Crecida, y de cómo Crecida la abandona por Diomedes.». Un caballero, un legista, un notario de Oxford, un molinero, una abadesa, un fraile, dos enamorados se encuentran mezclados en una procesión de peregrinos que van á Cantorbery; en el camino conversan, refieren anécdotas, fábulas, historias de caballería, de amor, de milagros, de sucesos del día, y de aquí un poema.

El asunto no tiene nada de ingenioso ni de original: es tomado á Boccaccio ó Solius, no importa; Chaucer ha encontrado lo que buscaba: el medio de dar expansión á su facundia inagotable; la ocasión de narrar escenas de amor, intrigas de corte, de relatar batallas, fiestas, torneos, alegres cabalgatas; de describir las pulidas armaduras y las cortantes espadas que relucen al sol, los trajes lujosos, las hermosísimas damas, los nobles caballeros, el pueblo, el clero, todo lo que ha visto, todo lo que ha leído, todo lo que sabe.

Abre una ventana en la vida feudal, instala en ella cómodamente al lector, se coloca á su espalda y á medida que desfila toda la sociedad inglesa de su tiempo con sus trajes y sus costumbres, con sus pasiones y sus vicios, su espíritu amable, erudito, observador, interrogando en todos los secretos, avezado á leer á través de las exterioridades, describe, analiza, clasifica, critica, elogia, ríe, se enternece, aplaude, desaprueba, pasa sin transición de un tono á otro, tan pronto es serio como hurlón, tan pronto es grave y austero como ligero y licencioso. El ser cómico, como Molière, no le impide ser apasionado como Ariosto.

Pero su tono habitual y favorito es la ironía. No la ironía clásica, mordaz, implacable, feroz, que goza en el dolor y la desesperación de la víctima, porque es la explosión de una pasión concentrada y profunda; sería la ironía jovial, traviesa, aturdida, sin propósito preconcebido, sin ánimo de hacer sufrir: no la ironía inglesa, sino la ironía francesa. En efecto; Chaucer ha escrito en inglés, ha imitado á los italianos, pero la índole de su genio es esencialmente francesa, como la sangre que corría en sus venas.

VI

Chaucer no ha hecho escuela porque no ha sido maestro, sino discípulo; no ha sido tronco, sino fruto de una literatura decrepita: la literatura normanda.

No es posible darse buena cuenta del mérito de un escritor, de la fadola de su espíritu, del carácter de sus producciones, si se le arranca á su país y á su época haciendo abstracción de la atmósfera moral en que vivía y del campo abierto á su actividad.

La Inglaterra, sus hombres, su literatura, no eran en tiempo de Chaucer ni lo que había sido antes que él, ni lo que fue después; esto es, una sociedad anglo-sajona.

La civilización romana no se pudo alimentar bajo el cielo nebuloso y helado de la Bretaña: aquella semilla delicada necesitaba una tierra menos dura ó inculta para germinar. La distancia entre los conquistadores y los conquistados era demasiado grande para que la fusión de las dos razas pudiera operarse. Ni el idioma ni la literatura echaron raíces en aquel pueblo bárbaro, apegado á su lengua, á sus costumbres, á su literatura nacional.

Existía, pues, al tiempo de la conquista normanda, una literatura anglo-sajona, expresión de costumbres incultas y semi-bárbaras: literatura de una raza apasionada, violenta, extremosa, brutal: raza de temperamento instable, de figuras atléticas, de humor taciturno y melancólico, de aspecto grave y reflexivo, poseída del sentimiento de su individualismo activo, amando por intuición la justicia, el derecho, la libertad.

El idioma era rudo ó incorrecto, el estilo tosco y pesado, sembrado de expresiones bajas y groseras, lleno de sonidos guturales é inarmónicos. No existían ni el gusto literario ni el criterio artístico. Lo grande y lo pequeño, lo ridículo y lo sublime, lo patético y lo bufo, componían una masa informe y extravagante de formas y colores.

Brillaba, sin embargo, en el fondo de aquella literatura, un principio de fuerza y originalidad. El soplo de las pasiones profundas, de los sentimientos fuertes, viriles y sinceros, animaba aquella serie de figuras enérgicas, grandiosas, nuevas, que parecen salir en

tropel de un antro infernal, iluminadas por reflejos rojos y siniestros. La cólera, el furor, la venganza, el amor, llevadas al paroxismo de la pasión, exhalan verdaderos ruidos de fiera, gritos de la naturaleza, timbrados en la realidad de la vida, que conmueven hasta el fondo del alma de quien los oye. Aquella poesía, como la joven salvaje de los desiertos de África ó de los bosques vírgenes de América, se muestra en su inocente desnudez, palpitante de vida, trémula de emoción y de sorpresa, rica en promesas, insaciable de curiosidad y de deseos.

La conquista normanda sofocó bajo el peso de sus pesados corceles de guerra, aquella vigorosa vegetación literaria.

Junto con su idioma más musical y pulido, los normandos introdujeron sus leyes tiránicas, sus costumbres más cultas, su galantería caballerescas, su fadola social y expansiva, su espíritu crítico, su gusto artístico y literario, su humor jovial, su pasión por las mujeres, por el lujo, por las fiestas, por los torneos; su literatura, en fin, amena, espiritual, voluptuosa; burlesca á la vez que sentimental, flexible á la vez que armeniosa, pero pobre de invención, afeminada de tono, débil de vuelo, sin alcance filosófico y moral.

La literatura es la manifestación de un estado social; es la síntesis de una civilización, es la resultante sumaria de todas las fuerzas convergentes del progreso, que es la ley del movimiento social, producto de la fuerza centrípeta-autoridad y de la fuerza centrífuga individuo de la instituciones que son el círculo trazado á la actividad del espíritu en las relaciones públicas y privadas; de la religión, que es el eje de diámetro del pensamiento; de la filosofía que es la luz proyectada por la inteligencia sobre esos horizontes crepusculares del porvenir, poblados por la credulidad y la ignorancia, de sombras siniestras y de fantasmas pavorosos; de las ciencias, que son las alas de acero con que el genio del hombre baja hasta el fondo de los abismos y se remonta hasta las nebulosidades del cielo; de la moral, que forma alrededor del corazón la capa atmosférica en que se nutren y en que respiran todos los sentimientos nobles y generosos; de las costumbres, que son el molde en que toman las sociedades su fisonomía propia; del arte, que es el espacio abierto á las expansiones del alma; de las industrias, en fin, que son los rieles en que se desliza la sociedad.

Todos esos elementos combinados constituyen los resortes invisibles del espíritu, que en la violencia de su escape, muestran después la excelencia de su temple.

La literatura anglo-sajona, dominada en el poder, desterrada en su patria, aprisionada en las leyes, desfigurada en las costumbres, atacada en su religión, perseguida en sus bardos, decapitada en la educación moral y filosófica de la juventud, fué perdiendo terreno poco á poco hasta mezclarse y desaparecer en el seno de las bajas clases del pueblo. Hércules se despojó de su piel de león y de su maza salvaje, para hilar á los pies de Onfalía. Lo que no había conseguido la dominación romana, lo consiguió la dominación normanda; lo que no realizó la literatura latina, lo realizó la literatura normando-francesa. La cultura normanda pudo, redondeó, achicó aquel árbol gigante y salvaje de la literatura anglo-sajona que ganó en simetría de formas, lo que perdió en savia y en vigor: árbol hermoso pero sin frutos, con cuyas verdes hojas se podrán tejer coronas fugaces para los trovadores, pero de cuyas débiles ramas no podrán ya los guerreros cortar astas robustas para sus lanzas.

Nada menos que un siglo y medio de vuelta al idioma y á las instituciones nacionales se necesita para que el antiguo espíritu original de la raza anglo-sajona vuelva á retoñar y á producir sus frutos naturales.

Entretanto, Chaucer, criado en la cima de la sociedad donde dominaba prepotente la influencia francesa, se mantuvo en su literatura que absorbió insensiblemente su espíritu. Escribió en inglés, pero con ideas francesas, con gusto francés, en una sociedad francesa.

Esto no es una justificación, sino una explicación de sus defectos.

Emanciparse de la tiranía de la rutina, osar ser original á despecho de la opinión en una época de afectación y de copias; abrir vastos y nuevos horizontes al espíritu en la región de la ciencia, de la literatura ó del arte, es la obra exclusiva del genio, y Chaucer era un poeta de talento, acaso el primer poeta inglés de la época, pero no era un genio. Para ver salir á la literatura inglesa de las sendas estrechas y trilladas de las imitaciones italianas y francesas, es necesario llegar á Ben Jonhson y á Shakespeare; pero Chau-

cer ha preparado el camino á sus predecesores; les ha dado el instrumento de sus poderosas armonías, ha dotado á Inglaterra de una lengua literaria flexible, sonora, enérgica y armoniosa á la vez. Ese es su gran mérito, ese es el título incontestable con que figura en el número de los grandes poetas ingleses.

JULIO HERRERA Y OBES.

Una frase de Lecór (1)

Cuando el año 1823, en la entonces provincia cisplatina, se produjo acerba discordia entre lusitanos y brasileños, en razón de la independencia del Brasil proclamada el año anterior, los cisplatinos, por inclinaciones a la discordia, que al parecer todavía no han perdido, se dividieron en dos agresivos bandos. Creyendo los del uno que en combinación con don Álvaro da Costa Souza de Macedo, jefe de la división de voluntarios reales, pudieran desde luego libertar su provincia del yugo extranjero, se decidieron por los portugueses, bajo ciertas condiciones; y los del otro bando, desconfiados de un éxito tan inmediato como el que se les pintaba, y fatigados ya de una larga y cruenta lucha, rechazaron un movimiento que conceptuaban prematuro y falaz, y optaron por continuar haciendo buenas migas con los brasileños comandados a la sazón por el general, mediocre pero mañoso político, don Carlos Federico Lecór, Barón de la Laguna, que había destinado parte de su gente al

(1) En Luis Melián Lafinur hay un gran carácter y un talento poderoso. Un carácter en donde años atrás hallaban genitosa inspiración todas las partes de la poesía, y estímulo, toda la intelectualidad bien guiada. Un talento que, diversificado en mil manifestaciones a un tiempo, logra tallar con igual intensidad en el foro, en la tribuna, en el periodismo.

Hoy, este hombre conspiro ante nosotros a su estudio de Jurisprudencia, uno de los más importantes del país.

Sólo de tiempo en tiempo se exhibe ante sus condoladados, para condenar, con su gran voz de hombre sincero, preocupaciones familiares y falsas preocupaciones; sus escritos no son de los que mueren al aplauso falaz, ni de los que se destruyen en recompensas vergonzantes, pero sí de aquellos que perfilan la figura de un autor y llaman hacia ella el respeto de una sociedad. El «Exquisito de banderías» será siempre una enseñanza.

La obra literaria del doctor Melián Lafinur no es amplia, pero contiene páginas hermosas. En ella es digno de especial mención un libro para el cual la crítica ha tenido muy honrosas concepciones: «Las mujeres de Shakespeare».

Del estilo de este escritor, podría decirse que realiza el ideal de la estética inglesa contemporánea: «llega al máximo de intensidad, con el menor grado de atención».—J. L. J.

asedio de Montevideo, único punto ocupado por las tropas portuguesas.

Entre antiguos realistas pues, é imperialistas recientes, como que don Pedro J había sido proclamado en 1822 emperador y defensor perpetuo del Brasil, se armó una contienda que tuvo sus complicaciones y variadas peripecias diplomáticas, y dió lugar, al mismo tiempo, á algunas acciones de guerra más ó menos serias, debiendo entre ellas contarse á la postre un combate naval farsaico en aguas próximas á la ciudad sitiada, cuyo combate de antemano convenido para llenar las apariencias, fué el preliminar de un pacto por el cual el jefe lusitano entregó la plaza de Montevideo al general de las fuerzas brasileñas, y se embarcó para Portugal con sus soldados, sin importársele un bledo de los cisplatinos, y defraudando completamente por ende las esperanzas que en él cifraron así el ingenuo cabildo de la capital, como los candorosos patricios que fuera de esa corporación habían acompañado el efímero movimiento político y militar, sin duda con más civismo y buena fe que discreción y sagacidad.

Mientras duró esa intriga mal amasada, hubo, como ya se ha dicho, diversos combates, principalmente entre destacamentos de vanguardia que se componían de naturales del país y hallábanse subordinados á jefes de la misma procedencia, jefes que más tarde, unidos en un común titánico esfuerzo, habrían de distinguirse en la epopeya que comienza con la hazaña de los Treinta y Tres; pero que en el año á que estas líneas se refieren prestaban servicios con los lusitanos los unos y con los brasileños los otros.

En las escaramuzas de avanzada hacían siempre el gasto las milicias de nativos. Acaudillaba don Fructuoso Rivera las que denodadamente se batían por la causa brasileña en sangrientas refriegas con los bravos comprovincianos que en favor de los portugueses estaban á las órdenes de Don Manuel Oribe; y más de una vez las guerrillas iniciadas por subalternos de esos dos jefes, se convertían por la llegada de refuerzos en tremendas bregas que costaban la vida á un considerable número de combatientes.

Lecór que era zorro viejo para esperanzarse fácilmente con la fidelidad de las milicias de la provincia conquistada, se restregaba las manos de puro contento cuando le llegaba algún parte de

los encuentros en que esos soldados auxiliares habían peleado; y sumando con sarcástica sonrisa á los muertos del adversario los de las tropas locales que hasta entonces lo eran á él consecuentes, decía con sorna: «¡Tantos enemigos menos!»...

El astuto Barón de la Laguna no necesitó más que columbrar la aurora del 19 de abril de 1825, para convencerse de que sus presunciones pesimistas sobre la lealtad de los cisplatinos para con sus opresores habían sido bastante acertadas, y que lo único que tenía que lamentar era que los combates no hubiesen sido más recios y continuados para haber él por ese medio seguido también sumando en pro de su causa las bajas de ambos contendientes.

De todas maneras, las proyecciones y utilidad de la arriesgada aventura resultaron tan precarias para los cisplatinos que se aliaron á los portugueses, que cualesquiera que fuesen los quilates de su inspiración patriótica, lo que prevalece como indiscutible á través de los tiempos, es la agudeza de la aritmética política de Lecór, sumando con ofensivo agrado los caídos de uno y otro bando, para persuadirse de que con esas interesantes adiciones de accidentales amigos y de enemigos perpétuos, arribaba siempre para sus planes moquinavélicos á un beneficio tan plausible como positivo.

Podría agregarse á título de consideración no despreciable, que las promesas de Don Alvaro da Costa á los patriotas que en ellas creyeron, defraudadas á poco de haberse formulado, deberían tomarse como una lección provechosa por los cándidos de todas las épocas, que creen que quepa en los conflictos internacionales la hidalguía que en la vida civil obliga á un hombre á no faltar á la palabra que con otro hombre haya empeñado.

Para Don Alvaro da Costa, cortesano sutil y general portugués la conveniencia de su amo y señor Don Juan VI, era lo único que podía preocuparlo seriamente, y á la idea de ser leal y sumiso á su rey todo lo sacrificaba; de modo que los «Caballeros orientales» que componían la asociación cívica de ese nombre, bien pudieron pensar en que de hallarse Don Alvaro en el caso especial de Barón de la Laguna, y ante la perspectiva de tener que habérselas con un pueblo indómito en armas, habría también practicado

alegres sumas, encontrando muy propio de regocijada satisfacción el mayor número de bajas entre los auxiliares de un día propensos siempre á convertirse en los enemigos del día siguiente.

Montevideo, Noviembre 4 de 1901.

LUIS MELIÁN LAFINUR.

Las ideas del siglo

CONFERENCIA LEÍDA EN EL ATENEO DEL URUGUAY LA NOCHE
DEL 17 DE NOVIEMBRE DE 1903

Señoras:

Señores:

Compañeros:

Ante todo debo agradecer al Ateneo Uruguayo la deferencia y a simpatía de que me ha dado prueba en esta ocasión prestándome su sala y su prestigio para ésta conferencia. También agradezco de todo corazón al doctor Pedro Figari su presentación afectuosa y la independencia de carácter con que conociendo las ideas que voy á exponer y sabiendo que no concuerdan completamente con las suyas, se ha prestado á honrar esta reunión con su presidencia.

Demás está que diga cuánto me satisface ver reunidas aquí á personas de opiniones tan diversas. Es una prueba de que empezamos á comprender que los hombres pueden pensar de distinto modo sin tener que volverse la espalda. Y me regocijo doblemente de ello, porque en las luchas pacíficas del porvenir, en los torneos de razón en que vamos á entrar, no serán nuestras armas las del odio, sino las de la mansedumbre y la bondad.

Después de una larga ausencia, he vuelto al continente en que nací, sin pretensiones, sin huecas vanidades, como un hijo aventurero y curioso que regresa al hogar y refiere á la familia reunida alrededor de la lámpara lo que ha visto y ha sentido en sus largas peregrinaciones por el mundo y lo que cree haber podido adivinar en los horizontes del porvenir. No traigo pretensiones de conferenciante, ni de orador; no soy más que un simple hombre de buena

voluntad que ha leído, que ha comparado, que ha sabido quizá comprender algunas de las cosas que ha visto y que, con toda sinceridad, viene á decir lo que él cree ser la verdad.

Esta conferencia no será, pues, una exposición dogmática llena de afirmaciones decisivas, sino una simple conversación familiar, en la cual trataré de decir con claridad y sin vanas fórmulas retóricas mi opinión sobre algunos de los problemas que hoy agitan la conciencia universal. Mis palabras, mesuradas y corteses, no podrán herir la convicción de nadie. Diré mis ideas sin inútiles intransigencias, sin impetuosidades contraproducentes, seguro de que sólo la tranquila afirmación de la verdad, el obstinado esfuerzo de las ideas, conseguirán vencer los obstáculos, más de costumbre que de convicción, que impiden el florecimiento de una sociedad más justa.

Pero así como me dispongo á emplear todas las precauciones y á poner en juego todos los recursos para evitar el choque directo con los que piensan de otro modo, así como anuncio que combatiré con deferencia y cortesía, sin recurrir á palabras hirientes, la tesis contraria, confieso también que, seguro de mi razón, penetrado de la justicia de lo que sostengo, no esconderé nada, no dejaré nada por decir y presentaré en conjunto todo mi pensamiento sobre la cuestión, sin hipócritas atenuaciones y sin eufemismos ridículos, convencido de que hasta los mismos adversarios preferirán esta franqueza á la emboscada que les podría tender un hábil jugador de paradojas.

La verdad debe alzarse fría, serena é incommovible en medio de todos los apetitos y todas las sollicitaciones, como algo ajeno al odio, á la vergüenza, á la ambición y al miedo.

Quizá me verá obligado á ocupar la atención de mis auditores un poco más de lo que hubiera deseado, pero así como son desagradables las amplificaciones retóricas, son funestas las abreviaciones precipitadas que dejan lugar muy á menudo á malentendidos lamentables. Por eso se me perdonará, estoy seguro, la extensión de esta conferencia, que, por otra parte, será extremadamente concisa y sobria de detalles. Para estar más seguro de decir exactamente mi pensamiento y nada más que mi pensamiento la he escrito, y espero que se me perdonará lo que pierde la actitud en brillantez, en virtud de lo que gana en vigor la idea.

Y como el mejor medio de conciliarse la voluntad de un auditorio es no desearlo demasiado, abandonemos los preámbulos y entremos lealmente en materia.

Las sociedades no son una cosa estancada y perenne que subsista y se prolonga sin transición á través de los tiempos. Son, por el contrario, un organismo movable, en perpetua evolución, en eterna gestación de vida. ¿Cómo hemos de pretender que una agrupación de hombres se momifique en una forma determinada, cuando todo en la naturaleza palpita y se mueve? Si los árboles, los mares y hasta los continentes se ven transformados y revueltos por modificaciones y conmociones; si todo cuanto existe sobre el planeta, hasta el planeta mismo es una reunión de átomos que se transforman sin tregua; si sólo hay vida á condición de que haya movimiento, ¿cómo hemos de pretender que los hombres, que son los reyes del universo, los productos más vivientes, por así decirlo, de su vida, deban permanecer inmóviles en medio de la general renovación, atados á las fórmulas de sus antepasados y condenados á volver á vivir y á seguir viviendo eternamente lo que ya vivieron otros?

La ley que condenara á la especie á esa inacción, á esa muerte espiritual, sería una ley injusta entre todas.

Pero esa ley no existe.

Mil y mil pruebas nos da la historia de que las sociedades se transforman sin descanso. Considerémos el camino recorrido desde las primeras tribus salvajes y nómadas que se arrastraron sobre la tierra, hasta los hombres de hoy. El feudalismo, la teocracia, la monarquía constitucional y la república, no son más que las etapas de un gran espíritu en marcha hacia la luz, que se va arrancando gradualmente grandes girones de oscuridad, trabajado por el deseo de la perfección.

Pero, ¿para qué recorrer el sumario de la historia?

Cada uno de esos momentos ha sido un estado transitorio que ha dado nacimiento á formas nuevas. Detrás de cada una de esas situaciones y, por así decirlo, detrás de cada uno de esos gestos de la especie, se formaban ó se acumulaban gestos inéditos que debían realizarse después. ¿Cómo suponer que hoy hemos llegado á la meta? ¿Cómo afirmar que no existe ni puede existir nada más allá de lo

que vemos? ¿Cómo pensar que nos hallamos en la cúspide de la historia, que no nos queda nada por descubrir, que somos perfectos y que toda nueva tentativa de mejoramiento es un ensueño imposible? Con la misma lógica, hubiéramos podido detener á la prole en cada una de las etapas que hemos indicado; con la misma argumentación, hubiéramos podido negar el adelanto y el esfuerzo de veinte siglos.

En todas las épocas y en todas las regiones han existido hombres tímidos ó perezosos que se han declarado satisfechos del resultado obtenido, han tratado de hacer de su cansancio la ley común, han pretendido marcar el límite de la audacia humana, y han tratado de poner ante las muchedumbres una barrera de imposibles. Todos los que pretendían ir más allá, eran considerados como dementes. De dementes fueron motejados los que bajo el feudalismo soñaban la monarquía constitucional, de dementes fueron acusados los que bajo la monarquía constitucional entreveían la república.

... Pero la humanidad trae en sus flancos tanta savia acumulada, tanto vigor invencible, que siempre ha rebasado por sobre los límites que pretendían imponerle y ha continuado, tenaz é imperturbable, su maravillosa ascensión. Si la ascensión hubiera concluido, estaríamos ya en las cumbres en que no existe el mal. Pero queda aún mucho por hacer.

La sociedad en que vivimos es esencialmente imperfecta. Y fuerza es empuñar de nuevo el báculo y reanudar la ascensión por los caminos oscuros y desiguales de la montaña abrupta en cuya cresta luminosa creemos entrever la Justicia.

El estado social de América me parece ser tan deficiente ó más que el de Europa.

Nadie se atreverá á sostener que vivimos en el mejor de los mundos, nadie se arriesgará á afirmar que todo está perfectamente dispuesto. Por el contrario, todos convienen en que nuestra organización deja que desear. Porque á menos de tener un corazón de bronce, ningún hombre puede mirar con desdén el dolor de sus semejantes.

Cuando nos dicen que hay seres que, mediante un salario mis-

nable, trabajan doce horas en las entrañas de la tierra y agonizan y sufren, para extraer el carbón que pone en movimiento nuestras máquinas y alimenta el vientre rojo de nuestras cocinas; cuando sabemos que el hambre, vencedora de todos los escrúpulos, obliga a una legión de madres infelices a abandonar a sus hijos, a dejar de alimentar personalmente a sus propios hijos, para ir a engordar con su sangre a los hijos de los favorecidos por la suerte; cuando sabemos que la inmensa mayoría de los hombres vive, sufre, trabaja, da la savia toda de su cuerpo y de su espíritu, para que una pequeña minoría pueda gozar y triunfar en la abundancia; cuando comprendemos que mil atávicas supersticiones fillosóficas, políticas y sociales retienen a la casi totalidad de los secretos humanos en un estado inferior, atados a cosas cuyo valor es convencional y ficticio, rellenos de vanidades, de odios, de desconformidades y de ambiciones absurdas; cuando constatamos que en pleistoceno siglo XX hay todavía gentes que perecen de hambre y de frío, mujeres desamparadas y afligidas que van a la cárcel por haber robado un pan para alimentar a sus pequeños, y niños abandonados y llorosos que vagan sin hogar, a la ventura, solicitados por todas las tentaciones del crimen; cuando palpamos el montón de miseria, de lodo, de lágrimas y de injusticia que ha amontonado en torno nuestro el egoísmo colectivo, es imposible contener un grito de indignación y dejar de formular una protesta.

No, no; la sociedad no estará bien organizada mientras haya gentes que sufran, carezcan de lo indispensable y vean su vigor por un mendrugo; la sociedad no estará bien organizada mientras existan todas las trabas que hoy impiden el libre desenvolvimiento del ser humano, mientras la mujer sea una esclava y el obrero una bestia de labor; la sociedad no estará bien organizada mientras junto a la privación de los unos se alee la abundancia de los otros; la sociedad no estará bien organizada mientras unos sufran para que otros gocen, mientras unos ayunen para que otros se atisguen de manjares, mientras las gentes estén divididas en o dos clases: una que vive para consumir y otra para producir, una que vive para divertirse y otra para trabajar, una que no crea nada y disfruta de todo, y una que crea todo y no disfruta de nada.

Cada época trae una mentalidad, que es el producto compuesto, la resultante prevista, de las realizaciones alcanzadas y las aspiraciones nuevas. Entre lo consumado, entre lo que todos aceptan, y lo hipotético, lo que algunos imaginan, se forma una zona neutral de ideas, alimentada por las concesiones de los retardatarios y las timideces o las habilidades de los amigos de la evolución. No es la reuención, ni es la revolución. Es el punto de equilibrio momentáneo de la balanza social. Es la media luz, el lugar de entente que dice el límite de lo que la resistencia puede abandonar y de lo que el ataque puede pretender. Esta zona en litigio va cambiando de derecha a izquierda, a medida que la civilización gana terreno y la ciencia se difunde. La del siglo XVI no es la misma que la del siglo XVIII. Tratemos de saber cuál es la de hoy.

Nadie negará que hay un conjunto de ideas, de aspiraciones, de hábitos y de certidumbres, que difundidas en los libros, en la vida privada, en las conversaciones y en las conciencias, acaban por formar lo que podríamos llamar la atmósfera del siglo. Y nadie negará que lo que hoy respiramos es el deseo de solidaridad y de justicia.

Hace cincuenta años, nadie hubiera creído posibles muchas de las leyes de protección obrera, muchas de las medidas de solidaridad social que han votado algunos parlamentos de Europa. Las ideas del siglo se imponen cada vez con mayor vigor, como la resultante obligada, como el *aboutissement* final de nuestras agitaciones y nuestras luchas. La sociedad presente, por prisionera que sea de su egoísmo, por atada que esté a sus prevenciones, tiene que ir aceptando los ángulos más salientes de la doctrina nueva.

Pero, ¿qué es la doctrina nueva? ¿Cuáles son las ideas del siglo? ¿Cómo se definen las perspectivas de la época?

Ya hemos dejado atrás el humanitarismo, la caridad, y todos los derivados y paliativos imaginados para prolongar un estado de cosas a todas luces injusto. Nuestra generación, enamorada de la exactitud, hija de la ciencia, y admiradora del método, no puede resignarse a repetir abstracciones y a seguir jugando con las palabras. Los lirismos y las frases multicolores pudieron ser eficaces en una época de transición, en un período de incertidumbre, cuando apenas se dibujaban las grandes líneas de la mentalidad de

hoy. Actualmente sólo marcan una era preparatoria, un prólogo de la propaganda, prólogo un tanto declamatorio y superficial. debemos confesarlo. Y de toda esa espuma fácil, de toda esa verbosidad comunicativa, no queda más que el recuerdo confuso de una gran anarquía intelectual, de una portentosa desorientación de los hombres.

Pero si esos tanteos ha sucedido un empuje vigoroso que sabe de dónde arranca y a dónde va, un método de evolución que es el producto y la obra de una escuela sociológica que, como un gran río que recibe millares de afluentes, se ha ido hinchando y robusteciendo con el esfuerzo intelectual de muchos hombres que han estudiado la composición de las sociedades y han extraído su esencia.

Los socialistas de hoy no son enfermos de sensibilidad, no son dementes generosos, no son iluminados y profetas que predicán un ensueño que está en contradicción con la vida, sino hombres sanos, vigorosos y normales que han estudiado y leído mucho, que han desentrañado el mecanismo de las acciones humanas y conocen los remedios que corresponden a los males que nos aquejan.

No puede extrañarnos que, como el primer astrónomo que descubrió el movimiento de la tierra, como el primer marino que imaginó un nuevo mundo, como el primer médico que sostuvo la circulación de la sangre, encuentren en el ambiente estancado una resistencia que sólo lograrán vencer con perseverancia, continuando sin tregua la afirmación de su verdad.

Es natural que tropiecen con la hostilidad del medio, porque sus doctrinas traen el germen de una renovación social, porque sus esfuerzos libertadores, a pesar de la generosidad y la imparcialidad que los anima, parecen herir de frente las prerrogativas de un grupo de hombres y lastimar los intereses de una casta.

Pero todo cambio en la organización de las naciones ha traído consigo una crisis que, si ha perjudicado a algunos, ha favorecido y ha llenado las aspiraciones de la inmensa mayoría.

Y admitiendo que no fuera posible transformar el mundo sin violencia para algunos, valiera más que sacrificásemos el exceso de felicidad de los menos, en beneficio del necesario mejoramiento de la situación de los más.

Pero el socialismo no es una doctrina de odio y de represalias, no es la insurrección vengativa y sangrienta, no es el incendio y la matanza, como algunos enemigos de mala fé lo han insinuado, abusando de la credulidad general.

El socialismo es por el contrario la vuelta a la sociedad normal y sana, a la sustitución del desorden actual por un régimen de solidaridad, el fin de las feroces guerras individuales en que nos agotamos, y la refundición de la vida en beneficio de todos.

Porque el socialismo no pretende invertir los factores de hoy y establecer una dominación al revés, sino equilibrar y nivelar a los hombres, en cuanto lo permiten las diferencias en las aptitudes. Y, a sangre fría, sin apasionamientos de ningún género, con la sola preocupación de la verdad, nosotros pretendemos que el socialismo haría la felicidad, no sólo de aquellos de cuyo trabajo vivimos hoy, sino también de toda la especie, sin distinción de rango, porque de tal suerte está ligado el hombre con el medio, que sólo puede estar libre y gozoso a condición de que todos lo estén en torno suyo.

El socialismo no es el despojo, no es el infantil reparto que nos reprochan algunos. Es un cambio en el sistema de vida, una modificación en la máquina social, que puede operarse quizá sin violencia, gradualmente, por las etapas casi insensibles de la evolución.

La transformación de la sociedad capitalista en sociedad colectivista o comunista, y la abolición de la guerra y el salariado, no pueden asustar ya a nadie. Todos los hombres de buena fé y sano corazón se muestran inclinados a ello. A cada instante oigo decir en torno mío: «Pero yo también soy socialista sin saberlo, porque yo también deseo mejorar la suerte de los trabajadores; yo también soy socialista sin saberlo, porque yo también deseo el fin de las guerras; yo también soy socialista sin saberlo, porque yo también hago votos por que haya menos desigualdad entre las fortunas; yo también soy socialista sin saberlo, porque yo también espero para la humanidad mejores destinos.»

Pero entonces, si la aspiración es casi general, ¿qué es lo que origina la resistencia al socialismo? ¿cuál es la causa de la oposición que se le hace? La causa es ante todo la pereza, que nos lleva a acurrucarnos en lo que existe, para evitar la tortura de seguir pensando.

La causa es también la pusilanimidad del hombre, el temor que le inspira toda forma nueva.

La causa es por fin y sobre todo la errónea convicción que tienen los humanos de que es imposible realizar los sueños en la vida.

Y ese error es el que ha paralizado el empuje de la especie, es la valla que nos ha impedido saltar hasta el imposible y realizar todas las quimeras, porque las quimeras sólo son verdades engastadas, —botones de porvenir,—rayos que todavía no ha conseguido dominar el hombre...

Nada es imposible para un ser cuya energía inteligente ha captado las fuerzas desconocidas, ha dominado la cólera de los mares, ha hominado las entrañas del planeta y ha extendido su imperio sobre la creación.

Cuando algunos irresolutos nos dicen: «El hombre es imperfecto, la naturaleza ha creado las desigualdades, el socialismo es un bello sueño, pero es un sueño imposible», nosotros afirmamos que esos hombres faltan a su misión noble y grandiosa.

Porque el hombre no debe sentirse intimidado ante ninguno de los problemas que se le presentan. ¿De qué nos serviría haber leído a Rousseau, Voltaire y Diderot, si cuando nos encontramos ante algo difícil, no sabemos decir: examinemos?

El hombre es un ser que se mejorará sin tregua, que marchará de escalón en escalón hacia la luz, que se despojará todos los días de un atavismo, que dará a su cerebro cada vez mayor alcance, que avanzará, que triunfará, que se hará al fin extrahumano, y que, en la cima de las cuspides, de pie sobre los límites, devorado todavía por sus ansias de perfección, soñará nuevas campañas para elevarse hasta el infinito. Nadie puede poner trabas a su desenvolvimiento. Es una fuerza incontrarrestable que va arrollando todo cuanto se opone a su ascensión, que va erigiéndose en dominadora de cuanto la rodea, y que, dueña del tiempo y del espacio, en los lejanos triunfos de la especie, en las remotas realizaciones del ideal, se apoderará de la creación y la convertirá en su esclava. «El socialismo es un imposible!», dicen los tímidos.

Nosotros esperamos poder probar:

- 1.º Que el socialismo es posible.
- 2.º Que es necesario.

Y dejando de lado otros poderosos argumentos de orden metafísico ó económico, nos limitaremos a basarnos en lo existente, a aprovechar las razones ó los ejemplos que nos ofrece la misma sociedad de hoy.

Si el socialismo no fuese posible, no lo encontraríamos ya en germen en la sociedad actual. ¿Qué son las cooperativas, qué las sociedades anónimas, qué los ferrocarriles del Estado, qué los trusts, sino aplicaciones parciales de la doctrina que defendemos?

¿Y qué son las leyes dictadas recientemente en Europa, leyes que limitan las horas de trabajo, leyes que aseguran en parte a la vejez del obrero, leyes que crean cajas de retiros, leyes que ponen trabas a la suprema omnipotencia de los patrones, sino comienzos y embriones de socialismo?

Poco a poco, y de una manera insensible la clase dominante va abandonando su vieja concepción individualista de «libertad del trabajo» y empieza a reconocer al Estado el derecho de intervenir en las relaciones entre capitalistas y asalariados, el derecho de reglamentar las condiciones de la producción.

Cada una de esas medidas, es una restricción al derecho de propiedad, tal y como lo entendían aquellos rígidos economistas del siglo pasado, para quienes el Estado debía cruzarse de brazos y dejar hacer, olvidando que el contrato del trabajo no es en resolución un contrato libre, puesta que el obrero lo firma bajo la presión de la hambre, urgido a menudo por la voz lastimera de sus pequeños que necesitan alimentarse. Después de estudiar el procedimiento del servicio de correos, de los ferrocarriles nacionales, de ciertos monopolios que existen en algunas naciones de Europa, es imposible negar que el socialismo tiene ya átomos y núcleos en la sociedad presente; y, después de considerar y pesar los decretos de algunos gobiernos, las medidas de determinados parlamentos, el espíritu todo de la legislación contemporánea, resulta pueril negar que esos átomos y esos núcleos tienden a desarrollarse y a invadir todo el sistema.

¿Qué nos impediría en verdad extender el monopolio que hoy ejerce el Estado sobre todas las comunicaciones postales y telegráficas y algunas ferrocarrileras, a otras esferas de la actividad nacional?

Si la sal es monopolio del Estado en algunos países de Europa ¿por qué no pueden serlo también el azúcar, el pan, y otros productos de universal consumo?

La libertad de comercio, tal como la entendieron los economistas de que hablábamos, sufre tanto con la prohibición de hacer comercio individual con un producto, como con la prohibición de hacerlo con varios.

Si ya se ha admitido que ningún particular puede en ciertas regiones manufacturar ó expender tabaco, tenemos el derecho de pensar que esa medida puede hacerse extensiva á otras industrias.

Si ya se ha sancionado que los ferrocarriles, los correos y los telégrafos pueden ser propiedad de la nación, tenemos el derecho de decir que también pueden serlo las minas, los molinos y las fábricas. Y si todos admiten que esas industrias esenciales para la marcha de la colectividad no necesitan para su perfecto funcionamiento el acicate de la competencia, tenemos el derecho de afirmar que tampoco lo necesitan las otras.

El servicio de correos no está mal organizado. Aunque no existiera la prohibición del Estado, ninguna empresa particular conseguiría establecer otro capaz de competir con él. Sin embargo, el servicio de correos es un servicio comunista. Es propiedad de todos, y no es propiedad de ninguno. El capitalista ha desaparecido de él, y sólo queda el esfuerzo solidario de la colectividad, manifestado por medio de los mandatarios del pueblo, es decir, del Estado.

¿Cómo no puede ser posible, repito, convertir en servicios nacionales, de manera análoga al correo, muchas de las industrias individuales que se practican hoy desordenadamente en mal de todos? Para darnos una idea aproximada de la diferencia que puede haber entre el pan, la carne, etc., vendidos por particulares, y esos mismos productos administrados por la colectividad organizada, imaginemos los servicios postales en manos de una ó varias empresas capitalistas. ¿Nos ofrecerían la seguridad, la estabilidad en los precios y la regularidad en las comunicaciones, que nos garantiza el gobierno central?

Pero los enemigos del socialismo afirman que estos monopolios

de correos, telégrafos, ferrocarriles, etc.— monopolios que actualmente aprueban sin reserva alguna, y que hasta defenderían, si los supieran en peligro,— son nocivos, impracticables y atentatorios á la libertad, así que se aplican á otras industrias.

¿Por qué?

Esos razonadores reñidos con la lógica, nos recuerdan la aventura de cierto señor, que se curaba, con un medicamento de su invención, los granos que le salían en el lado derecho de la cara; pero que se indignaba ante la idea de aplicar la misma medicina á los que le salían en el lado izquierdo.

Tengamos una sonrisa para esas ingenuidades, y tratemos de ser lógicos con nosotros mismos.

¿Quién se atreve á afirmar que es indispensable que el capital sea individual para que prospere una empresa? Mil hechos vendrían á desmentirle, si así lo hiciera.

Los trabajos públicos, cada vez más importantes, los caminos, los puentes, los canales, los astilleros y muchas fábricas de armas, están ahí, para afirmar que una industria, un trabajo, un esfuerzo cualquiera, puede ser coronado por el éxito, aunque no sea propiedad y obra de un capitalista.

Por el contrario, parece evidente que será más perfecto y útil, cuando se haga sin interés de ganancia, con el solo fin de llenar una necesidad común, que cuando la necesidad común sirva de pretexto para satisfacer la sed de lucro de un particular ambicioso.

Este prejuicio de que el capitalista es indispensable, es uno de los más difíciles de desarraigar, pero será desarraigado también, al fin, como los otros, porque ninguna inteligencia sana puede negarse á admitir la razón, cuando ésta se presenta con una claridad que no deja lugar á duda.

Si se nos demuestra que un arado, contando el precio de la materia prima, el interés proporcionado á lo que se pagó por los útiles que sirvieron para su fabricación, lo que se empleó en instalar la fábrica, el precio de la mano de obra y el transporte á la ciudad en que se vende, cuesta 50 pesos, ¿por qué razón hemos de pagar por él 150? ¿Para que el capitalista ó los accionistas tengan carruaje? ¿Para que el depositario ó el intermediario viva en la holgura? Si esa fábrica fuese nacional y vendiese ella misma sus productos, si

el comprador no tuviese que pagar, ni el interés al capitalista, ni la comisión al vendedor, tendríamos el arado por la tercera parte del precio. Y no sólo conseguiríamos abaratar así el artículo, sino también mejorar las condiciones de vida del obrero, estableciendo una especie de balanza y dando al trabajador el precio íntegro de su trabajo, como se practica, en cierto modo, en esa admirable manufactura de vidrios de Albi que, fundada hace algunos años á raíz de una huelga, está hoy en pleno florecimiento.

Lo cierto es que, como ya nos sentimos capaces de organizar socialmente la producción, nadie podrá impedir que se nacionalice el capital.

Si hay precedentes en la organización nacional de los servicios públicos, los hay también en la expropiación de las fortunas. ¿Qué son sino expropiaciones parciales esos impuestos extraordinarios que imponen los gobiernos en tiempos de guerra? Si la nación, en un momento de peligro, se cree con derecho á pedir á los pudientes una contribución suplementaria para defender una parte del territorio; en la guerra social de todos los días, ¿no tendremos también derecho nosotros á pedir á aquellos que tienen más de lo necesario una parte de lo que les sobra, para defender el cuerpo mismo de la nación, la clase laboriosa que la da vida?

El impuesto sobre la renta, que no es el socialismo integral, pero que es una etapa que lo prepara, puede ser aplicado desde este instante sin que sufra la colectividad ningún tropiezo.

Porque aunque somos hombres de revolución por nuestros propósitos, es necesario que seamos, si queremos merecer la confianza general, hombres de estado por nuestra previsión y nuestra prudencia. Lejos de librarnos á la imaginación y de tomar nuestros deseos por realidades, debemos estudiar las condiciones del medio, y no proponer, ni prohibir, más que aquellas medidas que de antemano sabemos realizables.

Y el impuesto progresivo sobre la renta, que limitaría las fortunas y reglamentaría las herencias, que no es más que un comienzo de restitución á la nación de los bienes que á ella le pertenecen, se nos presenta hoy como una medida práctica, que ningún economista serio puede tachar de fantasía.

Y si el impuesto progresivo [sobre la renta, tal y como lo redi-

can hoy los partidos avanzados de Europa, es una de esas medidas que hacen antecelas, que luchan mucho antes de vencer, pero que todos reconocen realizable; ¿cómo no ha de ser posible, una vez aceptada por los parlamentos, robustecerla, darle mayor aleance, llevarla á su máximo de desarrollo, y convertirla, de ley de limitación, en verdadera ley de expropiación serena y grande, capaz de dar pie á la realización metódica de un régimen igualitario y justo, digno de la futura perfección del hombre?

El *trust* es ya un colectivismo fragmentario y oligárquico: ensanchémoslo y tendremos el socialismo. El impuesto sobre la renta es una expropiación tímida y parcial: sistemáticoámosla y tendremos el colectivismo. ¿Por qué no ha de ser posible hacer en beneficio de todos, lo que se hace en beneficio de algunos? ¿Por qué no ha de ser posible agravar el impuesto, hasta reducir la fortuna á sus límites naturales?

La naturaleza produce lo suficiente para llenar las necesidades de todos. Si hay quienes agonicen en la miseria, no es porque falte con que alimentarlos, sino porque una criminal retención de los productos en manos de una minoría de traficantes así lo determina, sino porque hay hombres que, más por inconsciencia que por maldad, trafican con el hambre de sus semejantes.

¿Cómo sostener aún que el socialismo no es posible?

¿Por qué no es posible?

¿Por qué atenta al dogma sagrado de la propiedad?

Pero, ¿qué es propiedad? Propiedad fueron los vasallos para el noble, propiedad es el esclavo para el negrero, propiedad es la Rusia para el Zar. Y aún limitándonos á la propiedad más difundida hoy, que es la de la tierra, á la propiedad que los códigos defienden con triple valla de prohibiciones, basta preguntarnos cuál fué su origen para convencernos de que es tan injusta como las demás.

¿Qué otra cosa se opone al socialismo? ¿La legalidad establecida? Pero ¿qué es la legalidad establecida, sino la violencia sistematizada, sino el producto momentáneamente estable de una revolución transitoria?

Lo que pudo hacer creer á algunos hombres de buena fe que el socialismo es imposible, fué la idea pueril de que nos proponemos

pasar de la sociedad actual á una sociedad perfecta, sin etapas y sin transición, por medio de una portentosa transformación imposible. Pero cuando oyen confesar que la revolución social se consumará gradualmente, humanamente, sin golpes de teatro, y sin maravillas, esa prevención se desvanece, y caen todos al fin en la cuenta de que aquellos pretendidos soñadores ilusos, son simples hombres prácticos, que si ven un poco más allá del momento actual, no pierden por eso la noción clara de las realidades.

Pero, ¿para qué obstinarse en destruir una á una todas las objeciones que se nos hacen, cuando en el fondo de todas ellas encontramos el mismo sofisma y el mismo error voluntario, con el cual tratan nuestros enemigos de indisponernos con ese público sincero y bien intencionado, que, si conociera la doctrina, estaría en masa con nosotros?

Si el socialismo no fuese posible, el gobierno francés no hubiera llamado á un socialista á formar parte en una combinación ministerial que duró mucho más de lo que algunos profetizaron; si el socialismo no fuese posible, no sería hoy un socialista como Jaurés vicepresidente de la Cámara de Diputados en Francia; si el socialismo no fuese posible, no hubieran alcanzado los socialistas alemanes cerca de tres millones de votos en las últimas elecciones; si el socialismo no fuese posible, ni Zola, ni Ferri, ni Lombroso, ni De Amicis, ni Tolstoi, ni Anatole France lo defenderían en sus obras... Pero, ¿cómo no ha de ser posible el bien? ¿cómo no ha de ser posible la justicia?

Sería calumniar á la humanidad, juzgarla atada para siempre á la maldad y al crimen.

Pero, el socialismo no sólo es posible, es necesario.

Esa clase social que no ha hecho más que cambiar de nombre en la historia y que se llamó sierva primero, después plebeya, y por fin proletaria, comienza á salir de su letargo, y se agita, y bulle, amenazando con una de esas convulsiones que se traigan á veces toda una sociedad.

¿Qué obstinación incomprensible puede empujar á los poderosos á irritar y á llevar al paroxismo con su indiferencia las rebeliones de los desheredados? ¿Tienen acaso algún interés en provocar lo-

vantamientos cuya importancia es imposible calcular, cuyo desenlace es muy difícil predecir, cuyas consecuencias serían desastrosas? ¿Están seguros, por ventura, de que esa clase, pasiva y resignada, no se arremolinará un día y no los ahogará á todos en la justa inundación de sus cóleras? ¿Qué sería de esta bamboleante organización social, si las clases laboriosas cedieran á sus rencores acumulados y se lanzaran al fin sobre las minorías privilegiadas, como un aluvión de fuerzas ébrias?...

¿O, lo que es más simple, más humano, y más inminente que nada, ¿qué sería de los privilegiados si esa multitud de asalariados que pone en movimiento todos los resortes de nuestra vida, que accionan nuestras fábricas y nuestros ferrocarriles, que siembra nuestros campos, que da vida, fuego y calor á todo lo que nos rodea, se cruzara simultáneamente de brazos y los dejara inmóviles y atontados, en medio de las ciudades yertas y los campos nudos, prohibiéndoles con su abstención que todo depende de ella y que vivimos de su savia?

La prudencia más elemental aconseja á los dueños de la situación evitar los choques directos, hacer concesiones y entrar en la corriente del socialismo. Porque el socialismo es como una gran nube, todavía imprecisa, que puede anunciar una lluvia bienhechora ó una pavorosa tempestad. Todo depende de la resistencia que encuentre en la atmósfera. No sean temerarios y no desencadenen ellos mismos la tragedia en que deben perecer.

Ese peligro está mucho más cerca de lo que algunos creen. Nuestra sociedad no puede moverse dentro de las viejas fórmulas. Todo anuncia que hemos llegado á una de esas encrucijadas de la historia en que surge un gran remolino de vida nueva y en que la sociedad cambia de estructura. Las colectividades mudan de piel. El planeta parece estar preparado para cambiar el aspecto de su superficie. ¿Bastará nuestro silencio obstinado y nuestra fingida indiferencia, para detener esa evolución, para poner trabas á la realización de un fenómeno físico cuyo secreto está en las entrañas de la naturaleza, en perpetuo trabajo de renovación, en eterna gestación de vida?

Los hombres de hoy, obligados más de una vez á ahogar sus ascos en las cargas á la bayoneta de la gloria, comprenden que ha-

llegado el momento de tomar posición, de decidirse. Poco importa los sacrificios, poco importa el desprestigio pasajero que cae sobre el que, en medio del acatamiento común, del adormecimiento general, de la universal apatía, rompe con los prejuicios de su educación y de su clase y se alza, en plena luz de verdad, para investigar el horizonte y ver hacia qué punto se puede conducir la barca de la humanidad, la barca desamparada y rota, dirigida por pilotos ciegos, que marchan contra la corriente, y oponen á la tempestad invencible la proa frágil con una inconsciencia singular.

¡Oh! prudentes conservadores, ¡cuán revolucionarios sois á pesar vuestro! ¡Con qué sostenida obstinación os empeñáis en robustecer y dar volumen al mar que debo sumergiros! Sois los mejores apóstoles de las ideas nuevas, los más eficaces defensores de la transformación inevitable, porque sólo vuestra terquedad, sólo vuestra hostilidad contra la democracia, han podido dar incremento en tan pocos años al movimiento evolucionista. Sin vosotros, la obra sólo hubiera fructificado más tarde. La habéis hecho madurar á cinturazos de injusticia. Y cada vez que un nuevo atropello se añade á la serie de los ya cometidos, cada vez que hiñéis con más fuerza las espuelas en los flancos del potro que creéis haber dominado para siempre, acercáis más y más el instante en que la bestia maltratada sacudirá su infortunio. No os quejéis después de las consecuencias de la caída. Nadie puede prever cómo se consuman las sacudidas de la historia. De lo que pueda ocurrir seréis los únicos responsables. El acatamiento tiene sus límites, y cuando rompe las vallas no hay nada que pueda detener el ímpetu de los torrentes.

La verdadera prudencia consiste en darse cuenta de las cosas. Cerrar los ojos no es evitar el peligro. Un socialismo escalonado puede evitar á las colectividades la confusión y el pánico de una sacudida. El socialismo es el eje del siglo, porque sólo él está á igual distancia del egoísmo de los que poseen, y de los arrebatos irreflexivos de los que desean.

El socialismo es necesario, porque sólo él nos puede dar el equilibrio internacional, la paz interior y la felicidad colectiva. Y además de los males que puede evitarnos, nos puede proporcionar muy grandes goceas.

Porque todos hemos sentido alguna vez una tristeza infinita ante los rebaños miserables que salen de las fábricas, todos hemos sufrido ante el dolor de los demás y todos hemos deseado curar las llagas y remediar las tristezas. No hay hombres fundamentalmente malos. Cada cual tiene su resplandor en el alma.

Pero estos son argumentos humanitarios y yo creo que los hombres, llegados á su mayor edad, no deben ser conducidos ya por el sentimiento, sino por la razón.

El socialismo es necesario, porque es el único medio de contrarrestar la influencia de los *trusts*. Llegará dentro de poco un momento en que todos los pequeños capitales y hasta los medianos, serán absorbidos por esos monstruos devoradores de oro; — llegará un instante, dada la creciente condensación que observamos en todas las industrias, en que las inmensas fábricas acabarán con la pequeña producción y con los manufactureros modestos. Para defenderse de esa centralización, de esa unificación de las fuerzas del país en manos de sindicatos omnipotentes, será indispensable recurrir á las fórmulas colectivistas y oponer al *trust* de los particulares, el *trust* del estado. El capitalismo es un monstruo que se devorará á sí mismo. Muchos de los que hoy lo defienden todavía, serán mañana sus víctimas. Las grandes fortunas se alimentan á expensas de las pequeñas. Y llegará un día en que esa portentosa acumulación de capitales, paralizará la acción de los gobiernos. Entonces los rutinarios hombres de estado que hoy nos motejan de ilusos, tendrán que recurrir al socialismo para defender á la nación de la tiranía de un grupo de hombres.

El socialismo es necesario en fin, porque es como la resultante y el término de la historia. Del comunismo político, que es el sufragio universal, tenemos que pasar al comunismo económico, que es el socialismo, — decía Jaurés en un artículo célebre. La evolución tiende á llevar el poder, la fuerza, el gobierno en una palabra, de los menos á los más, de las aristocracias á las democracias cada vez más amplias y más abiertas. Y siendo hoy el dinero una manera de aristocracia, está dentro de las previsiones de la historia que ella empiece á extenderse, de la minoría á la mayoría, del pequeño número de poseedores al número mayor de olvidados y miserables.

El socialismo es necesario, porque es el triunfo de la vida.

Es indispensable iniciar en América lo que se llama en Alemania una *real politik*, es decir, una política de reformas inmediatas y tangibles. Después de precisar en cierto modo el pensamiento actual de esa democracia que dominará en las ciudades apacibles del porvenir, después de estudiar el organismo social y darnos cuenta de sus necesidades y de sus tendencias dominantes, fuerza será entrar de lleno en un terreno de evolución, de avance hacia una posible felicidad común.

Si todos convienen en que nuestra organización es deficiente, ¿cómo motejar de amigo del desorden á todo aquel que trata de empujar una reforma, ó de facilitar un cambio que, en su sentir, debe redundar en beneficio de todos? Que no se diga que al constatar ciertas corrientes y ciertas aspiraciones modernas, tenemos el propósito de provocar la discordia. No fomentamos peligros, los constatamos. Nadie hará llover, diciendo que llueve. Es porque comprendemos que ha llegado el momento de obrar, de salir de la apatía que nos mata, que nos permitimos apuntar ciertas ideas y romper con determinados convencionalismos, que sólo han servido para adormecer nuestra acción durante largos años.

Hay que tener la audacia de afrontar todas las situaciones. ¿Qué importan las injurias? Si un hombre no sabe sobrellevarlas con desdén, no es digno del triunfo. Y además, se lucha por ideas, por doctrinas, por concepciones. Sólo los golpes que dan sobre esas concepciones, esas doctrinas y esas ideas, pueden entristecernos. Los que dan sobre el hombre, no pueden inquietarnos. ¿Qué importa que el brazo caiga destrozado y sangriento, si se ha salvado la obra?

Si los hombres que han consumado hasta ahora las revoluciones necesitaban ambiciones, los que consumarán las de mañana necesitarán virtudes.

La política útil, no será una política de declamaciones y de gritos roncós, pero tampoco será una política de inmovilidad y de atraso. A igual distancia de las incitaciones á la revuelta, y de los crueles conservatismos, existe un terreno matizado, que es el que conviene á nuestro esfuerzo.

Es evidente que hay que acabar con el estado de guerra que hoy reina entre los hombres.

Vivimos en una sociedad donde hasta el aire se vende.

Porque, ¿qué es, si no una venta esos impuestos vergonzosos que gravan en ciertas regiones las puertas y ventanas y sólo permiten á los ricos el lujo de respirar á plenos pulmones?

Hay que transformar el régimen, ó, mejor dicho, hay que realizar todas las promesas que el régimen hizo concebir, porque el lema de la República: Libertad, Igualdad, Fraternidad, contiene todo el programa del socialismo.

Por otra parte, tenemos que evitar el culto á los prejuicios. Hemos acabado con los reyes, pero no con los fantasmas de que los reyes se servían para contenernos. Seguimos teniendo miedo de muchas cosas. Luchemos contra todo lo que significa atraso, obscurantismo, superstición.

Nuestras ideas no pueden asombrar á nadie. Ya Zenon y Platón en la antigüedad habían honrado el trabajo, despreciado la voluptuosidad, predicado la comunidad de bienes, combatido los fanatismos, abolido las patrias y defendido la fraternidad universal.

De todo esto, tratemos de hacer entrar en la vida actual, lo que la vida actual está preparada para recibir. No exageremos la dosis, pero no pequemos tampoco por timidez. Hagamos una campaña de reformas, ya que no es posible hacer una campaña de soluciones. Tratemos de modificar y atenuar, ya que no es posible transformar y resolver. Pero marchemos con paso firme, y no nos dejemos intimidar por nada.

Los partidos políticos en Sud América no tienen, por ahora,—y no es quizá culpa de ellos, sino del ambiente,—ni programa, ni principios, ni razón de ser. Son simples agrupaciones heterogéneas, en que las simpatías personales suplen á todos los razonamientos.

Sólo el partido socialista puede declarar de dónde viene y á dónde va. Por eso debe ser el partido de los jóvenes. Que cada cual diga, como D'Annunzio, encarándose con los dueños de la situación:— Vds. son la inmovilidad y la muerte; — el pueblo es la vida. . . ; — yo me voy con la vida.

Porque juventud y porvenir, son sinónimos en nuestro pensamiento. Ambas palabras representan lo irrealizado, la esperanza, la poesía. Ambas significan un empuje que está en contradicción con

lo existente. Creer en la perfectibilidad humana, es una manera de ser joven. Tengamos confianza en nuestro propio esfuerzo. Y guardemos la convicción de que los tiempos futuros nos reservan felicidades morales verdaderas.

En el desvanecimiento de los odios, en el deshielo del mal, cuando sobre la tierra redimida y libertada por el sol rojo de nuestros triunfos, comienzan a destacarse, sobre horizontes en flor, los minaretes ideales de las ciudades apacibles y tentadoras; cuando el hombre, aligerado de sus prejuicios seculares, de sus egosmos torvos, y sus enfermizas desconfianzas, pasee los ojos en redor y comprenda al fin la lección de la naturaleza; cuando dentro de cada uno de nosotros broten jardines de simpatía hacia todo lo que vive, y sea la mirada cariñosa, la palabra ternura, y el gesto fraternidad; cuando todo lo que palpita vibre en el ritmo de la armonía universal, entonces, recién entonces, empezará a realizarse el porvenir.

Pero, mientras lleguen esos tiempos de luz, tratemos de practicar la Justicia y la Mansedumbre, esas dos alas del hombre, que nos permiten salvar los límites de la vida y entrar en la eternidad.

Seamos socialistas.

MANUEL UGARTE.

Desolación absurda

A Paul Mouny
francesamente.

*Je arrai ton cornu
arrable prestimes!...*

Noche de tenues suspiros
Platónicamente ileos;
Vuelan bandadas de besos
Y parejas de suspiros;
Ebrios de amor los cefiros
Hinchán su leve plumón
Y los sauces en montón
Obseden los canulotes
Como torvos hugonotes
De una muda emigración.

Es la divina hora azul
En que cruza el meteoro,
Como metáfora de oro
Por un gran cerebro azul.
Una encantada Stambul
Surge de tu guardapelo
Y llevan su desconsuelo
Hacia vagos ostracismos
Floridos sonambulismos
Y adioses de terciopelo.

En este instante de esplín,
 Mi cerebro es como un piano
 Donde un niro Wagneriano
 Toca el loco del esplín.
 En el lírico festín
 De la ontológica altura
 Muestra la luna su dura
 Calavera torva y seca
 Y hace una rígida mueca
 Con su mandíbula obscura.

El mar, como gran anciano
 Lleno de arrugas y canas,
 Junto a las playas lejanas
 Tiene rezongos de anciano.
 Hay en néceho una mano
 Dentro del tembladeral
 Y la supersustancial
 Vía láctea se me finge
 La osamenta de una Esfinge
 Dispersada en un erial.

Cantando la tartamuda
 Frase de oro de una flauta,
 Recorro el eco su pauta
 De música tartamuda.
 El entrecejo de Bhudda
 Hincó el barranco sombrío;
 Abro un bostezo de hastío
 La perzosa campaña
 Y el molino es una araña
 Que se agita en el vacío.

.....

.....

.....

¡Deja que incline mi frente
 En tu frente subjetiva,
 En la enferma sensitiva
 Media luna de tu frente,
 Que en la copa decadente
 De tu pupila profunda
 Beba el alma vagabunda
 Que me da ciencias astrales
 En las horas espectrales
 De mi vida moribunda!

¡Deja que ríne unos sueños
 En tu rostro de gardenia,
 Hada de la neunstenia,
 Trágica luz de mis sueños.
 Mercadera de beleños
 Llévame al mundo que encanta: =
 Soy el genio de Atalanta
 Que en sus delirios evoca
 El cenador de tu boca
 Y el polo de tu garganta!

Con el alma hecha pedazos,
 Tengo un Calvario en el mundo:;;
 Amo y soy un moribundo,
 Tengo el alma hecha pedazos:
 Cruz me deparan tus brazos,
 Hiel tus lágrimas salinas,
 Tus diestras uñas espinas,
 Y dos clavos luminosos
 Los aleonados y briosos
 Ojos con que me fascinas!

.....

.....

.....

¡ Oh mariposa nocturna
 De mi lámpara suicida,
 Alma caduca y torcida,
 Evanescentia nocturna;
 Linfática taciturna
 De mi Nirvana opioso,
 En tu mirar sigiloso
 Me espeluzna tu erotismo
 Que es la pasión del abismo
 Por el Angel Tenebroso!

.....

(Es media noche). Las ranas
 Torturan en su acordeón
 Un piano de Mendelssohn
 Que es un gemido de ranas;
 Habla de cosas lejanas
 Un chamoreo sutil
 Y con aire acrobátil,
 Bajo la inquieta laguna,
 Hace piruetas la luna
 Sobre una red de marfil.

Juega el viento perfumado
 Con los pétalos que arranca
 Una partida muy blanca
 De un ajedrez perfumado;
 Pliega el arroyo en el prado
 Su abanico de cristal
 Y genialmente anormal
 Fija el monte á la distancia
 Una gran protuberancia
 Del cerebro universal.

.....

Vengo á ti, serpiente de ojos
 Que hunden crímenes amenos,
 La de los siete venenos
 En el iris de sus ojos;
 Beberán tus llantos rojos
 Mis estertores acerbos,
 Mientras los fúnebres cuervos,
 Reyes de las sepulturas,
 Velan como almas oscuras
 De atormentados protervos!

¡ Tú eres póstuma y marchita
 Misteriosa flor crónica,
 Milimanochesca, hipnótica,
 Flor de Estigia negro y marchita;
 Tú eres absurda y maldita
 Desterrada del Placer,
 La paradoja del sér
 En el borrón de la Nada
 Una huri desesperada
 Del harem de Baudelaire!

¡ Ven, declina tu cabeza
 De honda noche delincuente
 Sobre mi tétrica frente,
 Sobre mi aciaga cabeza;
 Deje su indócil rareza
 Tu númen desolador,
 Que en el drama inmolador
 De nuestros mudos abrazos
 Yo te abriré con mis brazos
 Un paréntesis de amor!

JUJAO HERRERA Y REISSIG.

El doctor don Angel Floro Costa (1)

Y

don Gaspar Núñez de Arce (2)

Asociación de Escritores y Artistas.

Señor don Matías Alonso Criado.

Mi distinguido amigo:

He leído con mucho gusto la notabilísima carta que, por conducto de usted, ha tenido á bien dirigirme el ilustre escritor uruguayo doctor don Angel Floro Costa. Siento que hasta ahora no haya llegado á mi poder tan importante documento, á pesar de haberse enviado, según usted me dice, hace algunos meses, sufriendo sin duda algún extravío.

(1) El doctor ANGEL FLORO COSTA no necesita presentación ante sus conciudadanos. A todos se ha impuesto ya, por el feliz conjunto de condiciones que dan un carácter tan definido á su personalidad: á los unos por su vasta erudición, á los otros por sus dotes de escritor; á todos por la actividad y el alcance de sus talentos.

No la necesita tampoco para la sociedad argentina á la que ha prestado por repetidas veces el concurso de sus luces. Recientes estudios del doctor Costa sobre «*El Estuario del Plata*» y sobre la «*Canalización de la Pampa Central*» ocupan en estos momentos la atención de los estadistas de aquel país.

Su nombre, en fin, ha atravesado el océano para figurar en ilustres corporaciones europeas, como: la Sociedad de Jurisprudencia y Economía Política, de Berlín, la Real Academia Espa-

(2) He aquí los documentos cambiados años atrás, entre el Presidente de la Asociación de escritores y artistas de Madrid y el doctor don Angel Floro Costa con motivo de la designación de éste, como miembro honorario de aquella corporación.

Como el texto de ellos sólo es conocido de pocos en el país, VIDA MODERNA ha creído oportuna su publicación. Al par que revelan la atención deferente que la vieja España presta al movimiento literario de América, reflejan un verdadero honor sobre el intelecto nacional.

Contestaré con mucho gusto á dicha carta, después de dar cuenta de ella en Junta General según procede.

Entretanto le estimaré mucho ofrezca al doctor Floro Costa, nuestro dignísimo compañero, el testimonio de mi simpatía y afecto, así como el de la corporación toda, disponiendo usted como mejor le plazca de su atento amigo y compañero. S. S. Q. B. S. M.

GASPAR NÚÑEZ DE ARCE.

Madrid, Enero 18 de 1889.

Señor Presidente de la Asociación de Escritores y Artistas, don Gaspar Núñez de Arce.

Distinguido señor:

Por mi benevolente amigo el doctor don Matías Alonso Criado, compatriota de usted y miembro distinguido de nuestra sociedad, recibí al regreso de su último viaje á la madre patria, un diploma que me acredita como miembro honorario de la distinguida asociación que usted preside.

Tan honrosa distinción no puede menos que excitar mi más vivo agradecimiento y obligar mi aceptación hacia un título que lo considero prenda de atracción y simpatía entre los hijos de España y los de América.

Nota de Jurisprudencia y la Sociedad de Escritores y Artistas de Madrid. A estas distinciones hay que agregar las que le han otorgado los más importantes centros científicos y literarios de este y otros países de América.

No es tarea fácil historiar en las cortas líneas de esta nota, la vida de los hombres que como el doctor Angel Floro Costa, se singularizan por una labor extraordinaria y saben dar á sus energías las manifestaciones más diversas. Política, finanzas, ciencias, literatura: todo lo ha abarcado ese espíritu flexible, para dejar en todo, el sello de su erudición y de su originalidad. Citemos entre otros, sus artículos sobre organización bancaria, y sobre la Administración de Justicia; la «*Exploración Geológica del Uruguay*» y el estudio hecho ha poco, sobre viabilidad y puertos en la región Este de la República; recordemos sus «*Pamfletos*» políticos y entre éstos, sus sátiras—«*Menipeas*»—bajo cuya brillante forma luce á menudo un amable humorismo, que, á las veces se trueca en ironía fulminadora; y hagamos, por fin, especial mención del «*Nirvana*», su obra más meditada, acaso, y para la cual han tenido palabras honoríficas americanas tan eminentes como Alberdi, Mitre, Montt, José M. Zuviria y Alejandro Magariños Cervantes.

El doctor Costa ha ocupado en más de una ocasión puestos públicos de importancia y es hoy miembro distinguidísimo del Parlamento Nacional.—J. L. J.

Como tal lo recibo y ostentaré con orgullo, y no porque era que esa distinción la debo á mis merecimientos como escritor ó artista.

Todavía mis débiles esfuerzos en el mundo de las letras, no han pasado las fronteras de mi país; no han podido, pues, llegar á España, como heraldos de un renombre que no he alcanzado, pero lo que es más singular, por el que tampoco he tenido vocación ni aspiraciones.

Si mi benevolente amigo el doctor Criado, no ha sido demasiado optimista en sus informes y credenciales oficiosas respecto de mi modesta personalidad, habrá dicho á ustedes que en esto de escritor y artista, á mí me sucede mucho de lo del *héroe por fuerza*.

Sin vocación alguna y con escasa preparación en las letras, me he encontrado envuelto de la noche á la mañana en los arreboles de la prensa y del arte literario, gracias á la vida política, harto kaleidoscópica, que se hace en nuestro país.

Así, pues, si por escritor ó literato se entiende el que *velis nolis* ha tenido que improvisarse publicista, polemista y en su día también marmitonista de panfletos y de sátiras, tendré que dejármelo llamar sin protesta, del mismo modo que al que tiene librería se le llama *librero* y al que tiene botica *boticario*, por más que la erudición bibliográfica del uno no vaya más allá de las tapas de los libros que expende y la química del otro no pase de saber mezclar ingredientes, emplastos y trineas, sin noción alguna de las fórmulas atómicas ni de las combinaciones científicas que han hecho de esta ciencia el álgebra maravillosa de la naturaleza.

Buen chasco se llevaría usted, señor Presidente, por lo mismo, y sus ilustres asociados, si generalizando la especie, porque hay muchos en mi caso, buscasen ustedes lo clásico en estos países de inspiración y atrevimientos.

Tendrían ustedes que pasar de largo más de una vez, porque aquí al menos en esta parte de América en que apenas tenemos tiempo para reposar de las fatigas de la guerra y hacer á un lado las idolatrías personales, todo se resiente de la improvisación—todo lleva cierto sello aventurero—y ¿por qué no decirlo?—todos somos los *squatters*, un poco desmontadores de la ciencia, sin que eso obste á que algunos afortunados del genio y del trabajo, alcancen en ella la opulencia de los Peabody, y los Stwarts y los Vanderbilt.

Es mi patria, la República Oriental del Uruguay, ó mejor dicho es esta parte cisplatina de América, bañada por el Atlántico,—un mundo joven, con ambiciones dantescas, donde todo se revuelve como en un crisol inmenso, á la alta temperatura de un horno de fundición. ¿Crearán ustedes, señores, que queda poco, después de sus intermitentes enfriamientos? Pues por el contrario, siempre lo que queda capitalizado sobra para alimentar la savia y la energía de un pueblo que como el Fénix renace siempre joven y pujante de sus grandes desastres.

Lejos estamos sin duda de tener la tradición de la vieja Europa, pero por cualquiera faz que se nos contemple, créalo usted, señor, ofrecerías grandes arranques de fachadas monumentales de arquerías gigantescas para el porvenir.

Cuanto se hace, se emprende, se destruye ó yerra, tiene proporciones titánicas entre nosotros.

Osa sobre Pelión, parece ser nuestro símbolo—tal somos de arrogantes y soñadores, de audaces y ambiciosos para escalar el Olimpo del porvenir.

El sello más resaltante de América es la grandeza física que de un modo ó otro se refleja en el carácter y en la idiosincracia de sus hijos. Embriones de cefalops por todas partes siembran su historia.

Marcos colosales magnifican su aspecto físico, y parecen teatro de un plutonismo gigantesco ó el segmento de un planeta mayor, adherido por justaposición al nuestro en la intersección sinódica de sus órbitas.

De ahí nuestras cascadas, todas estupendas—«mugidoras» como el Niágara, de 500 metros de ancho y 50 de alto, como el Tequendama, la más elevada del mundo que se precipita desde una altura de 145 metros, como el panorámico Salto de la Guaira. De ahí sus ríos inmensos, verdaderos mares que caminan acompañados por entre selvas vírgenes y escalonan en pelotones sus ondas, antes de presentar combate al mar; ya se llamen el Mississippi, *padre de los ríos*, cuya inmensa cuenca es hoy el asiento de la más avanzada civilización comercial del mundo—ya se llamen el Amazonas, cuyos borboliones retumban á doscientos kilómetros con el sordo fragor del Pororoca—ya se llamen el Orinoco que

parece como Briareo querer extender sus cien brazos para detener la corriente del *Gulf Stream*, que marcha presurosa á dar calor á la gélida Albión — ya en fin el Paraná nuestro *gran río*, arteria pulmonar de la gran olla del Plata, cuyas corrientes impetuosas remedadas por el armonioso Paraguay y el pintoresco Uruguay, forman delta y placeres al lado de los cuales el tan preconizado delta egipcio es un *labelot* de niños.

De ahí también sus lagos, extensos como mares y abiertos como pétalos enormes de una inmensa flor acuática para todos los vientos, al comercio de un mundo.—De ahí sus montañas y cordilleras andinas cuyos volcanes son un reto perpetuo á la apagada fragua del jactancioso Himalaya y al lado de cuyos nevados y picos como el Sorata, el Aconcagua, el Tupungato ó el Chimborazo, que recogió los ecos del delirio de Bolívar y soportó sin hundirse la planta de Humboldt, el Monte Blanco es un enano y los Pirineos apenas un montón de carpas, resto de algún viejo campamento de titanes.

Todo eso es la América, señor, todo eso es el frontispicio de un mundo, que ya empieza á dejar atónita á la Europa por sus energías osíticas y que antes de un siglo construíra hoteles para hospedarla en masa.—Algo,—más que algo, mucho, toca á España y su raza en la gloria distributiva de esas energías en competencia con la raza sajona.

Ella ha dejado en cada una de las repúblicas que la reconocen por madre, un rasgo peculiar de su fisonomía, una cualidad genial de su corazón.

Tal vez por eso yo me atreví en uno de mis más atiborrados escritos, condimentado con la salsa magra del bufete de abogado, entre un farrago antiliterario de procosos, á decir que mi patria, la más joven de esas repúblicas era, toléramos la metáfora, el *Benjamín de España*.

Quise aludir con ello no sólo á que fué la última á quien la obstetricia revolucionaria cortó el cordón umbilical para desprenderla de la madre patria y quizá por eso fué la última, en ser políticamente reconocida; sino á que está siempre de Dios, que el hijo menor herede como ninguno todas las grandes cualidades y todos los más abultados defectos del padre ó de la madre.

No parece sino que allá en los misterios de la concepción, dentro del claustro materno, el último *vibrón* del padre, que por eso mismo debe ser el más mimoso, se hiciera el más *cunero* y respondón de todos, y antes de salir y poner casa y rancho aparte como decimos por América, convirtiéndose en un nuevo ser gracias al protoplasma materno, reclamara toda su legítima *sin beneficio de inventario*.

Tal me explico yo en mi burdo naturalismo, el porqué siempre los últimos hijos, los de la vejez, ó como dicen los ingleses, los *juniors* de la familia ya procedan de biranos ó de pueblos, son los trasuntos vivos anibulantes de sus padres, mucho más que los *filii aini*, como llaman con énfasis heráldica á los primogénitos, las gentes comarcanas del Jura.

Si me fuera dado dominar la síntesis de la historia ó su etiología filogénica, como puede dominarla un Castelar ó un Buckle, quizá llegase á trazar ciertos paralelos justificativos de mi tesis, entre la historia legendaria de la madre patria, como llamamos por aquí á la Península y la no menos legendaria de la mía, vale decir de este *Benjamín de España*: hasta ahora poco afortunada cuanto heroica República del Uruguay (1).

Es muy cierto que ustedes, los españoles, como la primera de sus glorias que demuestran las virtudes geniales de un pueblo, pueden ostentar cual nadie, la homérica epopeya de su independencia, jalonada en ocho siglos de un batallar incesante, lucha estruendosa y caballeresca de dos religiones—y de dos razas, que terminó con el Poema de Granada; pero también lo es que nosotros después de un lidiar empecinado durante varias décadas contra las dominaciones extranjeras, podemos ostentar con orgullo, cual ninguna otra república de América, como ningún otro pueblo en la moderna historia, nuestra gran guerra, también entre dos civilizaciones, nuestro memorable *Sitio Grande* de nueve años y siete meses, que hizo de la invicta Montevideo, donde se amuralló el paladín de las libertades del Plata, una ciudad histórica—la *Nueva Troya* de América, como la apellidó en un opúsculo ante la Europa, Alejandro Dumas, el primero de los romanceros del siglo.

(1) Esto lo escribí cuando tenía 16 años.

Imagínese usted, señor, lo que habrá de ignorado aun para la Europa y para la misma América, y lo que habrá de rico en heroicidades bajo esa arqueología numantina que duró más de nueve años, diezmando la flor de dos generaciones y que acabó al fin, como premio á tanto valor y constancia, por interesar á la Europa en nuestro infortunio y mostrar á sus ojos atónitos, que aquí en este opulento rincón del mundo moraba un pueblo de héroes agutinos.

¡Todas cosas, para mí que no presumo de historiador ni de poeta, sino simplemente de *tourista* de recto juicio por las hondadas de las letras,—han puesto, más que á prueba, fuera de discusión, la constancia, la energía indomable y la tenacidad espartana de la gran raza ibera, diseminada hoy por dos continentes: la guerra contra los moros de ochocientos años y la Defensa de Montevideo, soportando sin esperanza pero sin desmayo un sitio de nueve años y varios meses, cifra no pequeña que en buena aritmética heroica, puede muy bien pasar por la ratz cúbica de la primera.

¿Qué héroes había dentro de esta moderna Numancia, lo dice Garibaldi, que acompañado de un centenar de latinos y orientales á bordo de la goleta *Maiñá* y ondulando su pabellón negro, fué de muestra á Europa enviado por la Gloria y el Destino.

Tan grandes como él y cubiertos con el manto rojo de la misma fé y de la misma constancia; comiendo la misma salsa negra de nuestro Eurotas, abrazados á la misma cruz y entonando bajo el estampido diario del cañón la eterna marsellesa de la libertad, eran Joaquín Suárez, Pacheco y Obes, Marcelino Sosa, Santiago Vázquez, Lorenzo Batlle, Venancio Flores, César Díaz, Francisco Trjeses, José María Paz y cien otros que no vienen á mi memoria ó que han muerto desconocidos para la Europa, esperando el Homero que ha de encarnar sus nombres del olvido y cantar nuestra inmortal Ilíada.

¡Hacer conocer de los lectores ilustrados de la madre patria todos estos episodios nacionales y romancescos en que la joven República del Uruguay desplegó ante el mundo toda la savia hereditaria de su rica naturaleza, créalo usted, señor, sería la tarea digna de un gran publicista, de un historiador de nota—la de un Pérez Galdós uruguayo—y que ojalá me fuera dado, siquiera no

fuese más que esbozarlos para poder rendir á mi patria un servicio que acaso colmará mis ambiciones antes de bajar á la tumba.

Se me figura, aunque no me precio de conocer á fondo aquella sociedad, que la parte ilustrada de la nación española, que sus numerosos centros literarios, á la par de su culto é inteligente pueblo, escucharía todas esas narraciones, con esa íntima complacencia con que escucha el abuelo ó el padre cubierto de gloria y cicatrices las hazañas del hijo, fiero, intrépido, arrogante, en que vé bullir rejuveecida su misma sangre y en cuya pupila ardiente relampaguea la incandescencia de un cerebro capaz de seguir añadiendo *ad perpetuum* nuevos blasones de familia al más rico esendo de la historia.

Después de todo, eso vendría á probar que, como he dicho, la joven República del Uruguay es de todos los pueblos hispano-americanos la que más se parece á España, la que en más alto grado ha heredado su sello caballeresco, su fiera indomable, su porte altivo, su proverbial hidalguía, su espléndida hospitalidad, sus fantasías creadoras, aventureras, y junto con todo ello, esa despreocupación verbosa, antifenicia, mejor dicho, cierta *nonchalance* tropical, fruto del hachís embriagador que exhala la propia exuberancia de su suelo.

El gran matemático del Universo no ha podido darse un entretenimiento mejor, ni más aplaudido, que cuando imaginó trazar sobre la oscura acantilada de nuestro globo, dos mapas que como el de España y la República del Uruguay, más se parezcan aunque la una tenga apenas dos veces más extensión geográfica que la otra.

De la misma arcilla caótica y entrando las mismas proporciones de aluminio y demás metales, amasó nuestros respectivos suelos, dióles casi la misma configuración orográfica é hidrográfica, los mismos repliegues y nexos geológicos, igual profusión metalúrgica y de rocas metamórficas, semejanza en sus senos, bahías y caletas marítimas: defendidos los unos por rocas graníticas ó basálticas como atalayas gigantescas, suavizadas las otras por playas de sílice, en que la mar eternamente agita sus brisas y deliza sus murmurantes olas.

Prodígles también con su munificencia infinita el mismo clima

y la misma situación geográfica, esclavizada por el eterno arrullo del mismo océano, y aunque como los antecos tenemos estaciones opuestas, no por eso debían dejar de engendrar la paridad de medios ambientes esas sorprendentes analogías que advierte el instinto de los pueblos y que tarde ó temprano pone en evidencia la ciencia positiva para justificar la solidaridad infinita y armónica de una noble raza.

Ninguna de estas semejanzas con el suelo, el clima y la posición geográfica de España, ofrecen: ni Chile con sus macizos rocallosos, cuyos flancos no son sino un extenso declive andalino hacia el mar de Balboa; con sus catorce volcanes en perpetua erupción, con sus hondonadas y valles interiores, cruzados de torrentes en vez de ríos y coronados de ventisqueros, con sus altiplanicies donde el cóndor sólo puede soportar la *puna*, con sus picos himalayos en constante guerra con los huracanes. Ni la República Argentina, antítesis geológica de Chile, con sus feraces pampas engalanadas de perpetuo verdor, con sus dilatados aluviones cuaternarios formando mesopotamias que tienen por marcos ríos que podrían servir de límites arcifinitos á verdaderos continentes—ni Bolivia con sus nevados y mesetas mediterráneas, repleta de pilatas, piñas y rosicleres, ni el Perú, ni el Ecuador, ni Colombia, ni Venezuela, ni las Repúblicas Centrales, casi todas hijas cálidas, húmedas y frondosas del trópico.

Sólo la República Oriental, la más joven, una de las más pequeñas, la más inquieta y movediza de todas pero también la mejor dotada como la hija de la vejez, puede sostener la comparación paralela con España.

He aquí porqué, pues, debíam ser la más predilecta de todas.

A fin de que en pocas palabras tengan una idea aproximada de la riqueza económica y por ende del porvenir que a la paz y la industria reservan á este país, que acaba de salir de la noche polar de dos sangrientas tiranías; que la han saqueado con la impiedad de los viejos publicanos de Roma, bastará saber que siendo su población apenas de 100,000 habitantes, (1) todos blancos, pues no hay indios ni mestizos entre nosotros, tiene una

(1) Hay más de un millón.

renta anual de más de 15,000,000, no de pesetas, ni de reales vellón, sino de pesos fuertes, ó duros como llamaban nuestros padres á los patacones columnarios.

Es decir, con cien habitantes por legua cuadrada, nuestra industria, nuestro comercio y nuestros consumos y por tanto nuestra renta, superan en tres tantos á la de Colombia, Perú, Ecuador, Venezuela y otras repúblicas que tienen dos y tres millones de habitantes.

Si es cierto lo que decía Pascal, que las cifras gobiernan el mundo ó dan razón de su progreso, juzgue usted por ellas del valimiento económico y comparativo de mi patria.

Escribo estas líneas después de mi regreso á ella y bajo la grata impresión de un renacimiento general de la confianza pública que ha elevado aquí y en Londres nuestros consolidados de crédito del 55 % al 93 % y que ofrece al país promesas sonrientes por doquiera.

Vaya pues como expansión generosa de un patriota, todo cuanto en ella no sea pertinente con la aceptación de un título académico ó literario.

Cabo á veces bien en una carta misiva al través de los mares, destinada quizás á hojearse en un centro de cultura literaria, un poco de todo.

Miscere utili dulci, decía el poeta latino, y yo practico el proverbio, mezclando con ciertos pasajes retóricos de nuestra moderna escuela naturalista en boga por esta parte de América, un poco de cifras económicas al gusto también de las gentes de esta comarca, donde todos ó casi todos incluso la gente de espada y borlas somos un poco *épiciers*—y no concebimos más que dos aristocracias, la de la ciencia y la del dinero.

Quizá por eso cuando topamos con algún conde ó marqués de esos que rezagados de la fortuna nos suele de vez en cuando mandar la Europa á reponerse de la polilla de sus pergaminos, lo contemplamos como un objeto de arte antiguo y tan sólo le atribuimos cierto valor relativo, cuando vemos que algún lauro intelectual ó científico ocupa el puesto de honor en su escudo.

Me apercibo que es tiempo ya de que deje de abusar de la benevolencia de usted y demás dignos asociados, hermanos para mí

desde este instante en la nobilísima francmasonería de las letras, en la que á mucha honra tengo de llevar el delantal de los primeros grados simbólicos, jubiloso de que no se desdeñen de admitirme entre columnas, hombres que como los de ese dignísimo templo han merecido entre las triples baterías de la fama, los últimos grados jerárquicos de la reputación y renombre literario.

Quiera el destino reservarme el honor de poder algún día atravesar el mar, y bajo el elemento cielo de la noble España estrechar la mano del señor Presidente y demás ilustres asociados de esa preclara corporación, que al enviarme su diploma, más que premiar mis merecimientos ha querido seguramente, estrechar una vez más los vínculos que deben cada día unir á nuestras dos naciones.

Como tal lo acepto y lo conservaré con gratitud, ofreciendo al señor Presidente, para que se sirva transmitirlo á mis demás dignos consociados, los votos de mi respeto y consideración personal.

Montevideo, Julio 15 de 1897.

ANGEL FLORO COSTA.

La construcción del Palacio Legislativo y la ciencia de la Política

I

Existe una comisión parlamentaria compuesta de varios señores senadores y diputados encargada especialmente por el Cuerpo Legislativo de correr con todo lo pertinente á la construcción del palacio en el que funcionará la primera de las ramas del poder público en el futuro y que merced á un desacierto indisculpable se levantará en un punto muy poco adecuado para su ubicación conveniente, puesto que ésta se ha elegido frente á un templo que echa frecuentemente á vuelo sus campanas; contigua á la zona fabril de la capital; y á larga distancia de sus barrios más centrales y populosos. Ni con la peor intención se habría hallado para situar el palacio un distrito más criticable, con tanto más motivo cuanto que la gran avenida de 18 de Julio brinda á la erección de un edificio semejante.

La comisión referida ha llamado ya á concurso de planos y formulado el respectivo pliego de condiciones para la gran obra proyectada. En este pliego, después de prevenir que las dos ramas reunidas del Cuerpo Legislativo forman la llamada Asamblea General, establece, entre otras disposiciones, que el Palacio Legislativo deberá comprender, por lo menos, un salón de sesiones para la Asamblea General, con amplia capacidad para doscientos senadores y diputados; para los ministros del Poder Ejecutivo; Presidente de la Asamblea; secretarios y taquígrafos; con el menaje que coorresponda á las funciones de cada persona. Otro salón de sesiones para la Cámara de Representantes y las tribunas destinadas á las corporaciones que enumera.

No ha podido ser más profunda la sorpresa causada por el anuncio de la comisión en el ánimo de los hombres versados en el conocimiento del derecho político, porque si bien es cierto que nuestra Constitución, entre otros errores graves, incurra en el absurdo de aceptar el principio ilógico, dentro del sistema representativo bicameral, de remitir la solución de los conflictos que surjan de las relaciones de ambas cámaras á la Asamblea General, para que los decida en última instancia, por las dos terceras partes de votos de sus miembros presentes, que lo son por el hecho de desempeñar el cargo de senador ó diputado, y la resolución del veto suspensivo puesto por el Poder Ejecutivo á la promulgación de una ley, no es posible dejar de presumir, racionalmente, que estando como estamos abocados, en tiempo no lejano, por exigencias públicas ineludibles, á la reforma del código fundamental, la comisión que no puedo prescindir del porvenir en la construcción que la preocupa, se haya inclinado por un inmenso salón para las reuniones de la Asamblea General, cuando esta institución, definitivamente abandonada por la mayoría de las constituciones contemporáneas y por los tratadistas más eminentes, no podrá seguir subsistiendo en la nueva carta nacional, sin detrimento de nuestros progresos políticos y sin denunciar la prueba de una ignorancia indisculpable en la organización de la sociedad.

Estas cuestiones son muy serias y no pueden tratarse con la ligereza con que procede la comisión constructora. Precisamente, porque ninguno de sus vocales posee una competencia especial en el derecho político-constitucional, ha debido imprescindiblemente asesorarse de algunos ciudadanos de notoria preparación en la materia, antes de hacer público el llamamiento á propuestas para levantar el palacio. Somos, por idiosincrasia, poco afectos á la consulta y al consejo, porque generalmente perseguimos la consecución de intereses y no el triunfo de principios, pero el país, que está sobre todo, demanda algo más alto que la impresión pasajera de los afanes cotidianos.

Ho dicho que la Constitución de la República que se vislumbra, tendrá forzosamente que abrogar el sistema falso y añejo de la Asamblea General: nada más fácil que justificar mis opiniones.

Este sistema es absolutamente opuesto á la base democrática de

la delegación de la soberanía del pueblo en dos cámaras, completamente separadas la una de la otra, en el cumplimiento de la misión distinta que se encomienda á cada una de ellas. La teoría de la Asamblea General destruye el plan representativo-republicano, al mezclar á diputados y senadores, cuyo funcionamiento responde á objetivos diferentes, en el examen y sanción de las leyes, y provoca el resurgimiento de la cámara única con los peligros que inevitablemente la acompañan.

Otra consideración importante es que la institución de la Asamblea General anula, en el mecanismo de las funciones legislativas, la influencia moderadora del Senado, según lo ha demostrado la experiencia, de la que no debe hacerse caso omiso sin vulnerar el plan mejor combinado en el oleaje de los negocios humanos.

Reunidas las dos cámaras en asamblea colectiva para la terminación de un desacuerdo, claro está que es de conjeturarse que generalmente prevalezca la opinión de la rama popular de la legislatura, frecuentemente apasionada, movable, irreflexiva, no sólo cuando en ella domine la idea deliberadamente madurada de hacer triunfar su voluntad en la sanción de la ley, sino, asimismo, por la ventaja que le acuerda su numeroso personal, sobre el personal reducido del Senado, que pierde continuamente sus posiciones y su rol atemperante á medida que aumenta el número de diputados, aun dentro de las exigencias de las dos terceras partes de votos con que la Constitución ha pretendido, aunque inútilmente, conservar el equilibrio de los componentes legislativos,—circunstancia que ofrece un nuevo argumento á los publicistas para condenar la doctrina anómala de la Asamblea General.

II

Los romanos con su admirable buen sentido crearon en el Senado un poder fijo, inalterable, conservador, porque en los primeros tiempos de la monarquía aunque el pueblo carecía de grandes facultades políticas, se alzaba frente al Senado la efigie del patriciado, con su poderío, sus recursos propios y sus comicios calados, importando poco que los mismos patricios fuesen los

senadores, en mérito de que en la relatividad de las cosas, no porque una clase social sea omnipotente respecto de ella misma, hay que confiar demasiado en su petrificación secular: la más pequeña causa origina acontecimientos trascendentales. La familia fué sagrada por más de quinientos años, hasta que Camillus Ruga sombreó su hogar y abofeteó la opinión arrojando á la calle, sin motivo realmente grave, aunque tolerado por la ley, á su esposa de los años felices; la austeridad fué un culto para el ciudadano hasta que la corrupción de las costumbres la convirtió en un objeto inútil.

Con el advenimiento del pueblo en los asuntos públicos se fundó algo así como una dualidad bi-cameral: el Senado con su autoridad permanente ó inquebrantable y la muchedumbre con la prerrogativa del sufragio, eligiendo tribunos, cónsules y pontífices. Cuando desapareció esa dualidad vino la Roma imperial con todas sus consecuencias.

Y es que el absolutismo no tiene más que una forma: lo ejerza la multitud directamente, lo condense un rey de derecho divino, ó lo proclame un Bonaparte por el factor plebiscitario. Esto último es el sufragio de los partidos tradicionales entre nosotros: aplastar en los comicios al adversario, cual si se le venciera en un campo de batalla. Es lo que se llama el derecho á gobernar el país.

Las instituciones son nada: lo que vale, lo que simplifica las dificultades, lo que todo lo arregla con sabiduría omnipotente, son las apelaciones al pueblo del príncipe-presidente, en su provecho particular. Durante los diez y ocho años de su gobierno personal se produjeron, á su solicitud, tres votaciones sucesivas que le brindaron más de veinte millones de votos, desde el profesional al labriego; le confirmaron en el mando, tal como él lo entendía, y le hicieron árbitro de muchos destinos, hasta que la Providencia se cansó y sucedió lo que es sabido, pues en los yerros humanos es uno de los más enormes figurarse que los individuos pueden hacer impunemente lo que quieren; —tarde ó temprano la sanción llega.

El sufragio imperatorio, no es sufragio, es crimen: es la levadura de los fariseos. No hay otro voto legítimo que el voto que responde al espíritu de las instituciones democráticas y no meramen-

te á los apetitos de los bandos. El primero es el origen y el complemento de la autoridad regular y conforme á los principios morales del derecho natural, que es la justicia en la organización del Estado; es el guardián de las instituciones. El voto imperatorio que no responde á otra cosa que á divinizar á los hombres, ó á enaltecer la soberbia ó la dictadura de los partidos, es la fuerza numérica suelta, audaz, salvaje, que lo mismo realiza la virtud que decreta el delito; lo mismo se coloca del lado de las instituciones para defenderlas, que las descuartiza en pedazos cuando lo exigen los intereses egoístas de los partidos, la sed de mando, los estertores de la ambición. El voto del ciudadano es apenas uno de los muchos factores de la formación del poder, pero para que no degenera en un elemento absolutamente incompatible con la majestad de las instituciones, no debe convertirse jamás en el capricho de la muchedumbre apasionada por un caudillo, por un lema, por una tradición; semejante voto es la prostitución del sufragio, es la némesis de la política sombría, es la exigencia pasajera, es el instrumento terrible de los Bonaparte para deificarse á sí mismos; es la mayoría brutal ó inconsciente que movida por estímulos de bando ó compromisos de campanario, legaliza el atentado, ahoga el raciocinio y eleva una mentira convencional del momento á la categoría de postulado indiscutible. La bandería aspira á ser mayoría sin otro propósito que retener ó conquistar el poder, pero no para honrar á las instituciones, de las que le importa muy poco, porque no son ni sus ideales, ni su eje, mientras que en el gobierno verdaderamente democrático la mayoría es secundaria, porque las instituciones no necesitan de ella ni para existir ni para desarrollarse, careciendo, por consiguiente, de la importancia que se le señala en el gobierno personal. Inglaterra, Suiza, los Estados Unidos, Bélgica y Holanda están ahí para probar perentoriamente la verdad de estos hechos.

Pido disculpa por haberme apartado del tema principal que estoy dilucidando, pero como leo diariamente en los periódicos que en las elecciones generales del año próximo entrante se finalizará la contienda secular que entablaron hace setenta años las banderías políticas, —que aun nos agitan como una incongruencia del pasado alfombrado de ruinas, de sangre, de destrucción de la nacio-

nalidad, de oprobiosos cervenamientos territoriales, con el objeto de apoderarse del Poder,—determinándose, entonces, cuál de las dos militantes quedará bajo el taco de la otra y cuál de las dos se hará dueña exclusiva del país en interés de sus intereses, he conceptualizado patriótico adelantar que todo eso es un delito de lesa-patria y que el sufragio así comprendido sería una maldición sobre la sociedad por los furores que sublevaría en los vencidos por la tiranía del número, pero jamás una bendición para el pueblo dividido por el voto en esclavos y opresores, en excluyentes y excluidos, en hermanos preferidos y hermanos expulsados del hogar.

El voto inarticulado, es decir, el voto enemigo de las instituciones y que sólo persigue la victoria de una parte de la comunidad social sobre la otra, para adueñarse del poder público, disfrutando de sus prebendas, el voto-amor, colérico, feudal, es el instrumento del despotismo partidario. Adolfo Thiers calificólo de fuerza ciega, estúpida, brutal, al contemplar con asombro que siete millones de ciudadanos justificaban el asesinato de la República como una obra santa y meritoria. Es que el voto público sirve al bien ó al mal según se le encamine ó conforme á los propósitos á que responda. Si el sufragio se agita para elegir á hombres que honren por sus antecedentes á las instituciones, el sufragio es el fundamento de la libertad, pero si el sufragio se reúne y se conmueve para levantar personalidades publicanas ó para ensorberbecer nuevamente los intereses partidarios, el sufragio es un abismo en que la libertad desaparece. El voto del ciudadano es una nobilísima función pública en el organismo institucional, pero no debe ser jamás un medio de opresión, de persecución, de aplastamiento, de que pueda cejar mano un hombre contra otro hombre, una colectividad contra otra colectividad, sin más fin que conquistar el poder ó perpetuarse en el mando. Si una fuerza tan colosal, tan enorme, tan avasalladora, como el sufragio, se coloca resueltamente del lado de las instituciones, la libertad está salvada; pero si esa energía y esa fuerza se inclina ó se pone á disposición de la ambición personal, del crimen, y de las arrogancias sin límites de las parcialidades políticas, la libertad está perdida, porque sobre ella se habrá encumbrado el despotismo de las prepotencias personales ó partidarias con su séquito obligado de incondicionalismo y corrupción.

Nada más temible, nada más pavoroso, que el sufragio utilizado por los bandos para asegurarse del absolutismo de la mayoría despiadada y voluntariosa. El sufragio así practicado es un amago y un peligro permanente contra el imperio de las instituciones. El voto público, convertido en arma de la multitud, realizando la quimera de la soberanía imperatoria, en provecho de una individualidad ó de un partido, con el propósito de ser poder, es un instrumento inquisitorial de opresión, es un veneno que mata lentamente como la ponzoña de ciertas sierpes letales.

No existe otro sufragio legítimo y moral que el que conspira rectamente á los fines de la sociedad: la tranquilidad pública, el respeto á la ley, el progreso de las nacionalidades. El voto omnipotente que tiene por norte los intereses de los partidos y no los de la patria, será un voto muy provechoso para los que medren á su sombra, pero tarde ó temprano corromperá el espíritu de la nación en que anide y la aniquilará sin remisión.

III

He expuesto que el régimen de la Asamblea General, adoptado en la Constitución Nacional, sin duda porque á la época de su promulgación el derecho político no había conquistado todavía los grandes progresos que los desenvolvimientos continuos de las instituciones libres han logrado alcanzar en el último siglo, merced al desarrollo portentoso de la democracia anglo-americana y de los sueros británicos; los primeros como fruto de los principios consignados en su Constitución monumental y en la difusión de la instrucción pública, en armonía con bases morales que se transmiten á través de las generaciones, y los segundos, como consecuencias de las leyes y del derecho consuetudinario inglés que tienden abiertamente al mantenimiento incólume de los derechos individuales y de un parlamentarismo omnipotente pero sumiso y respetuoso de las libertades del más humilde ciudadano, que el régimen, repito, de la Asamblea General, es contrario á la acción circunspecta y templada del Senado, de la que no puede prescindirse sin acercarse las instituciones á los riesgos de la Cámara única.

Este inconveniente, sumamente perjudicial, ha sido salvado en el sistema bi-cameral por la separación permanente de las dos Cámaras, sin confusión mutua en caso alguno, para asegurar su independencia recíproca, su equilibrio, sus límites, y la del Poder Ejecutivo en el veto de las leyes, proponiéndose el siguiente procedimiento para desatar las diferencias ó conflictos suscitados en el seno de las cámaras cuando una de ellas altera ó modifica lo que la otra ha resuelto sin obtener su conformidad.

Si una Cámara, dice el doctor Aréclaga, en sus estudios acerca de la naturaleza del Poder Legislativo, modifica un proyecto, que la otra ya ha aprobado, si esta última no acepta las modificaciones, cada una de ellas nombra una comisión y ambas se reúnen para tratar de conciliar las opiniones de sus respectivas cámaras.

Si llegan á ponerse de acuerdo, formulan el proyecto de ley en los términos que consideren aceptables para las dos ramas del Poder Legislativo ó inmediatamente lo remiten con el correspondiente informe. Las dos cámaras toman separadamente en consideración ese proyecto, y si lo aprueban queda sancionado y lo pasan al Poder Ejecutivo; pero si ambas ó alguna de ellas no se conforman con el proyecto formulado por las comisiones, ó si éstas no consiguen ponerse de acuerdo, entonces el asunto queda suprimido y no puede ser presentado nuevamente hasta el siguiente período de la Legislatura.

El eminente profesor agrega, siguiendo en esto fielmente las doctrinas más avanzadas del sistema parlamentario, que este es el único procedimiento que lógica y racionalmente puede seguirse para resolver las diferencias que se produzcan entre las dos ramas del Poder Legislativo en el desempeño de la función común de la formación de las leyes.

El Senado y la Cámara de Representantes aseguran de esa manera una influencia igual en la expedición de los negocios públicos y se consiguen los buenos efectos que produce el sistema bi-cameral en la estructura de las instituciones. En el supuesto de que el Poder Ejecutivo haya hecho uso del precioso derecho del veto que tanto contribuye, desde la vieja Constitución romana, á atemperar los errores y abusos legislativos, emanados de una autoridad que como todas necesita de control, de limitaciones y de cortapisas,

para evitar esos errores inherentes á la especie humana en el ejercicio de las funciones públicas, la manera de proceder es siempre la misma.

Vetada la ley se remite su nuevo examen á las comisiones parlamentarias, las que elevan á las cámaras á que pertenecen el resultado de sus conferencias. Si las cámaras por mayoría ó por las dos terceras partes de votos, según lo previsto en la Constitución, insisten en sostener su primitiva sanción, procediendo separadamente, puesto que el sistema bi-cameral, razonalmente comprendido y lógicamente aplicado, es completamente opuesto á que se mezclen y se confundan los senadores con los diputados para arribar á una solución determinada, vuelve la ley al Poder Ejecutivo para que mande cumplirla; se aceptan las observaciones del Ejecutivo, se le avisa á sus efectos; pero si una de las cámaras encuentra fundadas las reparaciones articuladas á la ley y la otra no participa de sus vistas, la ley queda desechada. La práctica de resolver los conflictos en Asamblea General es muy sencilla: la que expongo es más complicada, pero se encuadra mejor en el mecanismo del gobierno representativo.

No se me oculta, porque me lo enseñaron mis maestros de ayer, de hoy y de mañana, que aún hay otros procedimientos para los casos de conflictos entre las dos cámaras y para los del veto á la promulgación de la ley. Así en Chile se ha adoptado un sistema tan falso y tan inconveniente como el de la Asamblea General. El artículo 50 de la Constitución chilena establece que aprobado por una de las Cámaras un proyecto de ley, si fuese desechado en su totalidad por la otra volverá á la de su origen, donde se tomará nuevamente en consideración, y si fuese en ella aprobado por una mayoría de las dos terceras partes de sus miembros presentes, pasará segunda vez á la Cámara que lo desechó, y no se entenderá que ésta lo reprueba si no concurre para ello el voto de las dos terceras partes de sus miembros presentes.

Este sistema adolece del grave inconveniente de imponer al país leyes reprobadas por la mayoría absoluta de una de las cámaras, después de haber sido rechazadas, en primer término, por esa misma mayoría absoluta, que á la postre, nada significa en las naciones en que el sistema se ha adoptado. La exigencia de las dos terceras

partes de votos en la elaboración de las leyes, puede hacer imposible, con frecuencia, la sanción de las más sabias. Es algo, así, como un remedo, de la imperturbable unanimidad de votos que era necesaria para la aprobación de la ley en las antiguas Cortes de Aragón. En la generalidad de los casos fracasaba el proyecto en discusión porque en los cuerpos deliberantes es muy difícil establecer la congeniación exacta de todos los pareceres.

Ahora bien. No es dudoso que esbozada ya la magna idea de la reforma de nuestra carta política, acaso como ruta salvadora de los pavorosos problemas que nos ofrecen los tiempos para la consolidación de la nacionalidad, sustitución de las banderías anaerónicas por partidos con ideales y programas compatibles con el espíritu de las instituciones y menos trabajados por la anarquía incurable de sus elementos y por ambiciones insaciables de los círculos que las vuelven incapaces no sólo para erigir situaciones sólidas, sino, lo que es mucho peor, para tranquilizar al país, continuamente dilacerado por el veneno corrosivo de la desconfianza, se cruzan probabilidades serias de que acometida la reforma desaparecerá por irregular y antinómica la práctica de la Asamblea General, naciendo, en su lugar, las comisiones parlamentarias encargadas de servir de norma reguladora en las diferencias legislativas y en las relaciones de las cámaras con el Poder Ejecutivo, cuando esta entidad colegisladora se resuelva á intervenir en la confección definitiva de la ley.

Y en esta presunción hártó razonable y por consiguiente posible ¿qué fin podría señalarse á un salón destinado á sesiones de la Asamblea General, cuando esa Asamblea General no se reunirá nunca?

¿No es entonces, una construcción evidentemente inútil?

¿No es más sensato pensar, desde luego, en un porvenir que la naturaleza de las cosas y la índole de la época conciben cercano, y disponer, en consecuencia, que en reemplazo del salón sin destino se levante una sala con comodidad para cuarenta senadores, puesto que en las innovaciones á introducirse en la Constitución tendrá cabida la de que los departamentos territoriales estén representados en el Senado por dos senadores en vez de uno, tal como lo prescribe la Constitución de los Estados Unidos, con

el objeto de buscar el equilibrio entre las ramas de la Legislatura, impidiendo las absorciones y hallando la fórmula, tan recomendada por los publicistas, de hacer que el Senado ni sea reducido, ni numeroso?

¿A qué un gran salón para mezclar en sus deliberaciones á diputados y senadores, si esa mezcla está condenada por las conclusiones de la ciencia constitucional y desaparecerá de nuestra ley fundamental el día que se aborde su revisión reclamada por el patriotismo y por las necesidades nacionales?

Presentar la cuestión equivale á resolverla.

Es tan incontestable que no puede desconocerse la importancia de las objeciones formuladas contra el pliego de condiciones presentado por la comisión constructora del Palacio Legislativo relativamente al llamado salón para reuniones de la Asamblea General, que me asiste la persuasión de que se apresurará á tomarlas en cuenta, para lo que todavía hay términos hábiles, antes de asumir la responsabilidad de asociar su nombre á la construcción de un edificio en oposición con los principios del derecho político y que esterilice las considerables erogaciones que demanda su construcción.

ENRIQUE AZAROLA.

Noviembre de 1900.

De todas partes ⁽¹⁾

DE ADOLPHE RETTÉ

Naturismo, humanismo, escuela francesa: lé aquí algunos de los nombres, con que los jóvenes escritores del día quieren distinguirse en la lucha por revolucionar los actuales procedimientos estéticos.

Pero si no se han puesto de acuerdo sobre el rótulo con que han de designar sus tentativas—dice el autor de *Cloches en la nuit*, en *La Revue*—lo están, en cambio, para proclamar que el simbolismo ha muerto.

Nada de sorprendente hay en esto: toda escuela que se funda tiene por primer cuidado el de despreciar y luego inhumar prematuramente a aquella a la cual se propone reemplazar. Los simbolistas no escaparon a la regla. Por una parte, ellos han opuesto a las teorías deterministas del naturalismo, a un idealismo extremado. Por otra parte, han practicado, en oposición con la poesía exclusivamente plástica, y encerrada en las formulas rígidas que preconizaban los Parnasianos, una técnica más flexible y más musical. Ellos han lanzado al mundo ese *verso libre* cuyo al tivo continente escandalizaba antaño a los partidarios de la transcripción.

(1) Desde el presente número ha entrado a formar parte de la Dirección de *Vita Moderna* el señor JULIO LERENA JEANICÓ, cuyos dotes intelectuales y vasta ilustración podrán apreciar los lectores. Hombre de letras, su espíritu superior se ha desarrollado entre las nerviosas inquietudes de la cultura moderna. Distante a veces, placido en otras horas, y siempre con intensidad. En marcha a través del arte contemporáneo, y la ventura ha bendecido algunas de las recetas de desobediencia, pero su concepto humano de la vida, del arte y del hombre, le ha dado la amplitud de criterio y la comprensión estética indispensables para apreciar y sentir la belleza en todas sus manifestaciones. Hombre de estudio, y artista, los lectores de *Vita Moderna* aguardarán en breve la adquisición valiosa que hace a nuestra publicación, la que bajo la diestra dirección de Lerena Jeanicó seguirá su marcha... es tanto que la antigua Dirección se veía temporalmente a disminuir de las fatigas de una revista jornada.—R. H. E.

Entonces surgieron controversias ardorosas. Los viejos maestros juzgaban desapaciblemente las audacias de los innovadores. Estos respondían con virulencia a las sátiras que aquellos descargaban sin distinción, así contra los excéntricos que se mezclan a toda evolución literaria, como contra los escritores cuya fórmula de arte se ha mostrado más tarde apta para producir obras bellas.

«Me es imposible recitar los versos de los simbolistas sin perder la respiración», decía Sully—Prudhomme; a lo que se contestaba con amena ferocidad: «si usted no puede recitar nuestros versos es porque su aliento es de muy corto alcance».

Los simbolistas hubieron de pasar, pues, grandes trabajos para darse a conocer y explicar sus tendencias. Sucediendo a las pequeñas revistas muertas en corto plazo por falta de difusión, nacían los periódicos hebdomadarios, que no alcanzaban vida más larga. Pero si faltaba el éxito, el entusiasmo sobraba.

Entre esas publicaciones, hubo una que llegó a durar más de dos años: *La Cravache*.

«Sus redactores más asiduos eran los simbolistas; entre otros: Gustavo Kahn, Verhaeren, Régner y Viel-Griffin. Daban éstos, tantos poemas que a menudo el número sólo contenía versos. Este desborde de lirismo convenía sin duda a los muy raros lectores y al único abonado que *La Cravache* haya poseído jamás, pues no recuerdo que se produjeran reclamaciones».

El material, sin embargo, solía faltar: era necesario acudir al fondo de reserva.

Y Mr. Corfbeer y algún poeta de provincia, relegados al olvido en momentos de abundancia, surgían entonces de los bolsillos y los cajones para ocupar un puesto en las columnas del periódico.

Pero, a la larga, aquel impresor maravilloso acabó por hartarse de nuestra literatura. Declaró que nos retiraba su diario... Y hé aquí, una vez más, al simbolismo en la calle.

Refiere luego Retté, cómo en casa de un editor dado a las ciencias ocultas halló nacimiento la nueva «*Vogue*», cuya primera serie había muerto, poco antes, de anemia. «Pero, ¡ay! ella sólo vivió el espacio de tres meses. Una mañana que yo llevaba los elementos para el 4.º número a la imprenta, encontré la puerta

cerrada. Supe, por la conserje, que el mago, demasiado abstraído sin duda en el más allá para velar por sus intereses materiales, se había marchado á Egipto en busca de un tesoro cuyo descubrimiento le había prometido la cabala...

Paul Fort concibió entonces el propósito de hacerse empresario del teatro simbolista.

«Desgraciadamente, lo que faltaba eran las piezas».—En su defecto, el «Teatro de arte» se extremó con recitaciones y entre otras con la de un poema filosófico de M. Pierre Quillard: *La Ville aux mains coupées*, «*Le Corbeau*» de Edgar Poe, traducido por Mallarmé y «*Le bateau ivre*», el hermoso poema de Rimbaud.—Se representaron también: «*Les uns et les autres*» de Verlaine, «*Le soleil de minuit*» de Catulle Mendés, la tragi-comedia de Morice, intitulada «*Chérubins*», y una adaptación del «*Euusto*» de Marlowe, obras, algunas de ellas por lo menos, ajenas á la escuela simbolista.

Mas tarde, y ya en salón especialmente alquilado, vinieron «*Les aveugles*» de Maeterlinck, *Le concile fétérique* de Jules Laforgue, «*Chansons de Geste*», rejuvenecidas por Stuart Merrill, Hérolf y Retté, y una adaptación del «*Cantique des Cantiques*».

La interpretación de esta obra fué un episodio memorable. «Su autor, M. Roinard, había imaginado dividirla en cinco partes é instrumentarla según el método indicado por Arthur Rimbaud en su célebre soneto de las «*Voceles*» y desarrollado por M. Ghil en sus tratados y en sus poemas. Así, en la primera parte, las A, dominaban y en la decoración y los trajes se había empleado sobre todo el color negro. En la segunda, eran las E y el color blanco, y así, hasta el fin».

Además M. Roinard había querido reforzar el efecto de la instrumentación verbal con nubes de perfumes, pero éstos, por la debilidad de los aparatos destinados á cumplir tal función, apenas alcanzaron á las primeras butacas.

Y sobrevino el desastre. El resto de la asamblea al no percibir los prometidos torrentes de corylopsis, ni los ríos de esencia de rosa, abandonó el local en medio de ruidosísimas protestas y el dicho «*Cantique de los Canticos*» quedó inconcluso por falta de auditorio.

Retté termina sus notas pidiendo que la crítica seria reconozca «la energía con que los verdaderos adeptos esparcieron los sentimientos y las ideas que á estas horas, y vulgarizados por otros, han renovado la poesía francesa».

«Quedarán de manifiesto así, el entusiasmo que ellos pusieran al servicio de la eterna Belleza y las obras que muchos han dado, dan actualmente y darán en el futuro».

LA CATEDRAL DE TOLEDO

Ayer fué el *campanile* de San Marcos, hoy le ha tocado el turno á la catedral de Toledo. La joya gótica oculta en la vieja ciudad española, se ha desplomado rendida, despues de soñar siete siglos, con los ojos multicolores de sus vitrales perdidos en el árido paisaje de la tierra triste.

La vieja ciudad en que se agrupan algunos de los monumentos ancestrales más célebres de España:—la Puerta del Sol, San Juan de los Reyes, la Puerta de la Visagra, la Portada de Santa Cruz,—llena de tradiciones, recuerdos y leyendas, ha sufrido un rudo golpe con el derrumbe de su iglesia.

La catedral fué construída en tiempos heroicos. Don Fernando III hizo demoler la antigua iglesia de Santa María, construída en la primera centuria de la era cristiana y el 11 de agosto de 1227, comenzaron las obras de la actual iglesia, la que fué terminada en 1492.

Es una gran catedral gótica, que ha obedecido en su construcción que duró muchos siglos, pues hasta principios del siglo pasado aún se trabajaba en ella, á la constante evolución del arte español. Todos los estilos que han florecido en España desde el siglo XIII, le han aportado sus elementos, sobre los que sin embargo predomina y da su carácter virtual á la basílica, el gótico, creación de la época en que comenzaron las obras.

Sus riquezas son famosas. Sus cuadros y sus joyas; sus reliquias históricas, guardan el sello de edades pasadas. Desde Van Dick á Ribera; desde los forjadores del siglo XIII hasta los fundidores actuales; desde los monjes anónimos que imprimieron empuje al arte vacilante del siglo XI hasta los arquitectos modernos; todos,

han prendido algún recuerdo de los pináculos de la catedral toledana . . .

Ahora es sólo un montón de ruinas. ¿La iglesia que sobre ellas se alza, por más hermosa que sea, podrá encarnar acaso la tradición de piedra de siete siglos?

SUDERMANN

El camino de los gatos de Hermann Sudermann, recientemente traducido al castellano por Constantino Piquer, es un libro danés, un libro de dolor, de injusticia, de impiedad, áspero y amargo, como áspera y amarga es la baja vida de esa Rusia fantástica descrita por el hijo de Lituania.

El aldeano ruso es un sér que ha perdido la personalidad. No sabe sentir ni pensar individualmente. Parte integrante de un todo, se ve arrastrado por las grandes pasiones colectivas que agitan á esas agrupaciones de hombres sin libertad, sin albedrío, sin conciencia. La absoluta unidad de ideas, de sentimientos, etc., ha aplanado el alma de la Rusia campesina. La uniformidad es absoluta. Los hombres se deslizan como sombras sobre la estepa, bajo el látigo del señor que amenaza siempre sus espaldas miserables. El espíritu de rebelión ha muerto en aquellas grandes masas presas del fatalismo, que inclinan la frente ante lo irremediable. El autócrata, que es Dios, sino, hijo, dueño, y señor, ha matado el alma de la Rusia.

Gorki, el gran desdichado, ha escrito la epopeya del dolor de esas turbas miserables; las ha presentado al mundo humilladas y sangrientas, las ha hecho amar y compadecer.

Pero no hay mucha luz en el alma de esos esclavos; la bajeza, el servilismo la ha llenado de sombra, la maldad, la inconsciencia, el rencor, la venganza, germinan allí ocultamente.

Sudermann, en su novela, en donde los siervos, triunfan sobre los señores, en donde el desquite es un arma justa esgrimida contra una institución social determinada nos llena el corazón de asco, hacia ese sér miserable, y concluimos por preguntarnos si no habrá sido creado para la esclavitud.

El camino de los gatos es la novela del odio y del amor. Lucha

horrenda entablada entre dos potencias igualmente fuertes, en que el amor triunfa al sucumbir. Y en medio de la aspereza de páginas que crisan con la intensidad trágica de las pasiones que pintan, hay dulzuras inauditas; ternuras dolorosas que llenan el corazón.

Sudermann juega con las grandes pasiones; sus novelas formadas de grandes planos de luz y sombra, tienen maravillosa plasticidad. Usa el claroscuro y parece haber encontrado á la manera de Delacroix, nuevas combinaciones del color. Sus escenas, tienen algo de la sombría sobriedad de Rembrandt, y al poderoso sello que les ha impuesto el ilustre escritor, unen ese misterioso encanto de las obras literarias de esos países semi-bárbaros, en cuyo arte hay algo del encantador balbucear de una infancia precoz.

BAUDELAIRE

Baudelaire ha sido una influencia decisiva en la evolución de la poesía universal efectuada en los veinte años últimos. Sin embargo el poeta turbador de las *Flores del Mal*, «ces fleurs a maldives», que el exquisito cantor dedicó á Théophile Gautier, otro mago de la forma, ha sido olvidado y fácilmente se le pospone á Verlaine ó á cualquiera de los poetas del ciclo de oro del decadentismo francés. No es bastante, el monumento levantado allá, en un extremo solitario del Père Lachaise, que se alza sobre la tapia ruinosa como una visión de pesadilla, creación macabra en que un monstruo desconocido, que tiene algo de andrógino y de fiera, guarda el sueño de la estatua del poeta, acostada á ras del suelo, envuelta en una mortaja que cubre el cuerpo que reposa bajo la piedra tumular. Baudelaire, merece algo más.

La Francia entera, acaba de celebrar el centenario de Victor Hugo, si la Francia es consecuente, Baudelaire tendrá el suyo.

Péli Gautier, acaba de publicar en París un tomo editado por *La Plume*, dedicado al poeta, en el que ha recopilado interesantes documentos relacionados con la vida de Baudelaire, á quien no hace mucho Catullo Mendès, presentaba en una forma ambigua que á todos nos sorprendió.

Gautier, ha reunido en su libro, dibujos, caricaturas, manuscritos, autógrafos, retratos, etc., relativos al poeta muerto, el que aparece á través de la vida íntima con todo el carácter de aquella rara y singular personalidad.

MÚSICOS FRANCESES CONTEMPORÁNEOS

La música francesa, á través de las edades — dice Albert-Émile Sorel, — ha sufrido á menudo la acción de los maestros alemanes é italianos. Desde hace diez años, y aun más, hemos vivido bajo la autoridad de Ricardo Wagner. En tanto que toda una generación, discípula de Massenet, se consagraba á defender tradiciones melódicas, la influencia del genio alemán se espesaba. Pero ella halagaba el oído, fascinaba la imaginación, sin transformar la inspiración misma: eso es todo. Queda y quedará, de Ricardo Wagner, el ascendiente sobre la música del mundo entero, lo que no impedirá á la nuestra, desenvolverse conforme á su evolución natural y merecer, á su turno, la definición que Enrique Heine daba de la lengua francesa: « la lengua del buen sentido y de la inteligibilidad universal ».

« La música será siempre — continúa el articulista de *La Renaissance Latine* — el idioma natural en todos los países. La nuestra ha nacido de entre el pueblo, saliendo de la infancia del pensamiento como un grito de pequesuelo. Hoy, expresión de nuestro tiempo, es caprichosa por esencia, original é impresionable por tradición, sutil porque verdadera, sabia por discernimiento, atrevida por instinto, razonadora por temperamento y elocuente porque francesa. . . Tiene las virtudes y las sensibilidades de una mujer. Sujeta á las pasiones, ella ha amado con arrebato. El nuevo amante parecería el preferido; el nuevo cariño creerse eterno, eterno también el dolor de cada ruptura. . . Esos amores duraban lo que duran los amores violentos; más largas y más crueles son las niñerías meditadas de la mujer menos joven, que, independiente y experta, se somete por necesidad al déspota que la seduce, al que se impone por su plástica y le advina secretas voluptuosidades; al que la subyuga embriagándola con palabras y caricias mágicas: con el misterio de toda un alma vehementemente é insondable.

« En vano Camilo Saint-Saëns regañaba durante este enlace. Él elevaba su voz sonora, imperiosa, decisiva. Obstinadamente, con autoridad magistral que seduce la razón, inquieta la sensibilidad, pero hiela el alma, llamaba á la música hacia la vieja casa, llena

de duelo por su partida. Se le escuchaba, se le admiraba; nadie soñaba siquiera en contestar la verdad, la justeza, el poder de su argumentación; todos sabían con qué noble y rica ciencia componía su arte, pero nadie osaba abandonarse á él: se chocaba como contra algo imponente é impenetrable. »

Royer, á su vez, quiso probar que nosotros también podemos cantar la *Wálkyria*. Pasaba del romanticismo de Flaubert á la epopeya alemana, descargando vigorosos golpes resonantes. Los cobres lanzaron largas llamadas que desgarraban el aire, pero el ave de Sigfredo no hizo oír su canto; la mañana radiante no dilató tampoco el cielo, que hacía pálido el sueño de la diosa dormida. . . Sallambó, entretanto, invocaba á Thanit, torciendo sus brazos de serpiente sobre un horizonte azul; las melodías corrían por la orquesta un tanto desorientada, cautivas enloquecidas que reclamaban en vano el silencio, el *solo*, la expansión. . .

Sólo Massenet, más conforme consigo mismo, ha podido ejercer una influencia grande y constante. Su sensibilidad y su gracia impetuosas continuaban siendo francesas. Se seguía á Massenet como hoy se le sigue y como se le seguirá siempre. . . Melódico y vibrante, él seduce por el ardor imprevisto y sonoro, por la intensidad de las pasiones en las cuales se deslizan las melancolías de un momento y las más leves sonrisas. Traduce sin esfuerzo — es naturalmente erudito — el humano y elegante sufrimiento de su raza. Como comprendía, á justo título, la importancia de su rol, no fué completamente extraño al movimiento alemán. *Werther* es romántico á la manera alemana, con sonoridades á las cuales no nos había acostumbrado el autor de *Manon*. . .

« Después se trata de la defensa contra la acción de Wagner. Pero por lejos que parezcan de él ciertos contemporáneos, no pueden con todo, ocultar que los haya precedido. . . Sería difícil escoger entre tantos artistas. Los nombres de Bruneau y de Camilo Erlanger; de Leroux, que supo pasearnos por Lesbos; de Widor, armonioso y sensible; de Rinaldo Hahn, nostálgico y seductor; de Fauré, meditando soñador y sutil; de Vidal, escuchado á menudo en la Opera; de Pierné, encantador; de Duvernay, que fué joven; de Moreau, que lo es verdaderamente; de Jorge Hue, que se esfuerza hacia el porvenir; de los hermanos Hillemacher, que en-

marañando sus sonoridades en una malla demasiado moderna, vuelven en coro hacia las inspiraciones del pasado; de Claudio Terrasse, espiritual y melódico; y los nombres de esos, grandes y pequeños, que compusieron música eximia ó amables canciones: todos ellos tienen su puesto en el movimiento actual. Encuentro en Erlanger el don raro de la escena, esa fiebre de la música compleja, esa agitación y ese arrebató de un temperamento intenso, así como admiro en Bruneau el arte con el cual evoca, entre hirvientes raudales de armonía, los símbolos de la obra de Emilio Zola; yo distingo una tendencia neta hacia la música dramática y sinfónica. Pero, para discernir mejor la acción inmediata de Wagner, la herencia de Berlioz y la personalidad del presente, haré mención especial de un sabio que ama á César Franck por su religión y á Wagner por su romántico medioeval, Vincent d' Indy; un parisiense elocuente que tuvo predilección por Berlioz, Gustavo Charpentier; y un solitario al que podríamos considerar descendiente indirecto de Rameau, Claudio Debussy.»

Pasa luego el crítico á examinar con detención la personalidad de cada uno de esos maestros que descuellan en el día.

La obra de Vincent d' Indy le parece poco espontánea: quisiera encontrar en ella mayor entusiasmo, más emoción y aún cierta «necesaria» incoherencia.

Halla en cambio; que la lógica prima sobre la imaginación y que «la ciencia limita y pone freno al lirismo».

No sucedía lo mismo con las páginas que escribió en su primera juventud: música de cámara verdaderamente hermosa y poemas sinfónicos como «El Campaneo de Wallenstein» y la «Canción de la Campana», en donde la animación se une á la variedad y la destreza al sentimiento.

Se esperó la obra dramática de Vincent d'Indy y ella vino: *Fervaal*.—*Fervaal* pareció á algunos una grande ópera. — Para otros el autor corrió riesgo de sepultarse en medio de sus raras sonoridades y bajo los mundos—un poema medioeval extraño y turbador—que él mismo había animado.

Vincent d'Indy es, tal vez, el músico francés que mejor conoce á Wagner. Al escribir una ópera simbólica y épica, no ha podido dejar de recordarlo.

Pero, no olvidemos que el genio de Ricardo Wagner permanece alemán aún cuando explote leyendas que como *Tristán é Isolda* figuran entre las antiguas historias de Francia. El ha tomado sus poemas de la biblia nacional de sus compatriotas. Y esa mitología es fundamental en el alma alemana; son tradiciones no sólo de la nación sino del pensamiento mismo.

Pero, para apasionar el alma de Francia no basta remontar hasta las fuentes de su epopeya, si se le ofreció una cosmogonía inverosímil. Nosotros amamos demasiado la nitidez, la realidad; soñamos, pero alrededor de una acción humana; el ensueño la sigue y la acompaña.

La Isla de Francia y la raza latina gustan de coloraciones limpias, de luz, de aire cálido y liviano.

Bizet tratando *La Arlesiana* se ha mostrado el verdadero intérprete de nuestra poesía. Ha tomado una simple y admirable historia de Alfonso Daudet y ha puesto en ella todo lo que el maestra le contaba de pasiones y lo que el sol arroja de calor.

A Vincent d' Indy, aún cuando no sea el autor dramático nacional, no podrá dejar de considerársele, sin embargo, un músico de gran valía.

Charpentier es en cambio el autor. hábil y elocuente por excelencia. Hábil, por la elección del asunto: acciones que interesan y poesía que conmueve. Elocuente, por la construcción musical de la frase: mezcla de sonoridades, voces múltiples de la naturaleza y del alma humana.

Gustavo Charpentier, discípulo de Massenet, adora á Berlioz; y, fué el primero en escribir una ópera sobre libretto de prosa rítmica. Pero su verdadera originalidad reside en los argumentos populares que ha escogido.

Con más suerte que Bruneau el artista que comentó musicalmente el *Messidor* de Zola, él ha sabido hacerse el intérprete del alma popular. No ha necesitado echar mano de *leitmotifs* sobre cada personaje; no ha acompañado en esa senda á ciertos imitadores de Wagner que escoltan á sus héroes como Offembach escoltaba á los fantoches de *la Belle Hélène*.

La música de Luisz refiere lo que esos seres sienten y hacen; cada uno sigue su carácter. La síntesis se opera en una sinfonía amplia y rica en ondas sonoras.

«Es que se necesitaba para tratar ese asunto un alma de músico. Gente del pueblo, una obrera enajenada, un poeta un tanto bohemio: he ahí todo.

Ahora bien: la gente del pueblo no sabe expresar sus sentimientos íntimos, ó si los manifiesta es en términos en extremo banales. Les atribuimos á veces demasiada complejidad; ponemos más imaginación que hechos observados, en nuestras conclusiones. Luisa dice lo que experimentan los personajes y lo que experimentamos nosotros mismos; una pieza social y de carácter. En el último acto cuando la orquesta desenfrenada entremezcla la voz enervante de los cobses, el murmullo de los contrabajos y las quejas de los violines y de las flautas, es la angustia del padre y de la madre, el hechizo extraño de Luisa: la embriaguez también y el sufrimiento de todos los que se han sentido atraídos hacia el placer y que ven flotar los despojos de sus decepciones y de sus miserias. La sinfonía estállá humana, fantástica: recuerda las pasiones de Berlioz. «No es un jefe de escuela, es un jefe de sedición», escribía de él Delacroix».

«Distinto á todos es Claudio Debussy. El adora á Schumann, es evidente; ha amado con pasión á Wagner; su obra tiene algún parentesco con la de Moussorgsky pero, con todo, es independiente: un solitario. No imita las formas creadas por los maestros, pero bebe en sus fuentes; trata de crear moldes nuevos: es una manera de ser clásico».

L'après midi d'un faune, fecunda en refinamientos armónicos; los *Nocturnes* impregnados de una emoción intensa, *Pelléas et Mélisande*, obra de sentimiento y de sensación, de la que la vida se desprende, como se desprende de las poesías de Enrique Heine. He aquí sus páginas descollantes».

«Pero, por muy francesa que sea la obra de Debussy, yo me pregunto si éste hubiera concebido su desarrollo sin el progreso realizado por Wagner. El artista toma su inspiración del aire ambiente, aspira los perfumes de que está cargado y recoge las voces que le lleva. Ellas repercuten en su cerebro, y su pensamiento les da la forma que él busca y que quiere traducir. Es la personalidad la que percibe y la que elabora. ¿Qué parte de una obra de arte proviene de las ideas ambientales y qué parte ha lleva-

do á ellas la tradición?—Esta es una pregunta que el artista se formula y cuya solución pocas veces encuentra por sí mismo. Debussy ha escuchado muchas voces: las de la naturaleza sobre todo; y las ha sabido recoger.»

Tal es en su parte sustancial el artículo que Mr. Sorel publica en "*Le Renouveau Latine*" y al que pone término con la afirmación halagüeña de que la escuela musical francesa, vuelta á sus legítimas fuentes, ha alcanzado hoy un verdadero brillo y tiende á consolidarse.

Bibliografía

EL CREPÚSCULO DE LOS GAUCHOS. (Estado actual de la República Argentina), por *Felix B. Basterra*.—Un volumen de 141 páginas. —Montevideo, 1903.

Es ésto el libro de un rebelde intelectual de mucho talento, de vasta cultura, y de gran sinceridad.

Hay libros que encantan por esta última condición. Esto es uno de ellos. A través de sus páginas se advierte de inmediato, la buena fe, la honradez del autor, que dice lo que siente y piensa, sin que le detengan eufemismos de ningún género.

Por lo demás es un libro de lucha, de propaganda, que responde á una idea virtual desenvuelta apenas en el medio americano. Aquí aun vivimos instintivamente, por intuición, para que la sociología, y aun más la sociología avanzada, nos imponga rutas y nos señale el parvenir. La sociedad americana, desenvuelve aún la éptica de su primer ciclo genético. Sus manifestaciones de vida, son á la manera de los primeros espasmos de la vida fetal. Se siente el dolor, se sufre, pero aun no se interpreta, ni se comprende. Los sobresaltos de la sensibilidad, por ahora, no son más que meros fenómenos fisiológicos.

Cuando la sociedad entre en otro período evolutivo, cuando comiencen á desarrollarse sus percepciones superiores, cuando salda en absoluto del estado americano, como lo llamó Sarmiento, en europeo, se civilice en absoluto y su vitalidad se desenvuelva como en los grandes centros europeos, entonces la aparición de fenómenos sociales que aún no se perciben, obligará á los pensadores á abocarse los grandes problemas y á resolverlos.

Ultimamente hablabamos en estas mismas páginas de un libro argentino, *Nuestra América* (1) por Carlos O. Bunge, el cual tiene muchas analogías con la obra del señor Basterra.

Bunge estudia los elementos componentes de la sociedad americana y presenta sus productos, derivándolos por leyes psicológicas de aquéllos. Cierto que su estudio se mantiene siempre dentro del campo especulativo.

(1) Véase *Vida Nueva*, tomo XI, página 437.

Basterra, estudia los fenómenos sociales producidos en el organismo americano, y por medio de acertados análisis llega á las causas productoras, pero usa un procedimiento más positivo y más humano que el de Bunge en sus estudios.

Verdad que los dos se proponen distintos fines; pero á pesar de la diversidad de finalidades, los dos convergen en la exposición de su obra á un mismo punto.

Bunge señala causas fatales, que están dentro del orden de la vida, y que por lo tanto no pueden ser destruidas; Basterra señala causas susceptibles de ser modificadas ó eliminadas y que en este caso cambiarían la faz de la sociedad. Aquél habla de fenómenos que fatalmente se producen; ésto de fenómenos que pueden evitarse. Tal vez ninguno de los dos esté en absoluto en lo cierto.

En el libro del señor Basterra hay muchas dolorosas verdades, pero en general debo haber algo de exageración. De su libro se desprende que la República Argentina es un país miserable, que arrastra una vida convencional; que todo en ella es exterioridad, pues en el interior se revuelvo la gangrena de enfermedades mortales.

Eso no debo ser así. La República Argentina vive, y vive ampliamente. Su vitalidad asombrosa la ha colocado á la cabeza de la América del Sud. Su industria, su comercio, son poderosos. Su instrucción pública puede colocarse al lado de la de los grandes emporios de la civilización. Posee miles y miles de kilómetros de tierra virgen, que sólo espera el arado, ó el elemento de procreo. Es un país dispuesto á la vida. Lo que lo mata es la centralización; esa ciudad de Buenos Aires, que atrae á su seno 1:000,000 de los 4:000,000 de habitantes que posee ese país, macrocéfalo si se quiere, pero no por eso menos rico ni menos grande.

Dispérase en esa pampa virgen esos miles de inmigrantes que llegan de su tierra donde tal vez, jamás conocieron la carne, á maldecir de un país que los harta y puede hartarlos aún más; no se sueña en la ciudad; la tierra fecunda sólo espera el esfuerzo para producir, la fábrica es el accidente en esta nación privilegiada; colonícese; dése á la civilización esa tierra solitaria que se agosta de nostalgias sin producir; y ya no sentiremos pena ante los *rebños humanos* que salen de las fábricas. Con ese procedimiento, la República Argentina sería una nación modelo. Lo demás, los males actuales, sólo son el accidente en la vida de las naciones.

Y á este ideólogo lleno de sueños altruistas, el espectáculo de esa nación poderosa, sólo le arranca estas melancólicas palabras, en las que se advierte el dolor de un desengaño:

«He residido diez y seis años en el país, los mejores de la juventud, y lo recorrí en todas sus direcciones, y vuelto á correr á cada rato, el llano, la montaña, la sierra y la ciudad.»

«En él he amado-lo y he sufrido, formé el cuerpo y el espíritu, observé recogí y guardé, he aleidoescopio de remembranzas heterogéneas, mujeres, hombres y cosas que yergue el recuerdo, que la mente evoca, entre vahos de amor y de dolor, alucinaciones melancólicas de lugares que me tuvieron en la noche, sumergiéndome en lo infinito, tranquila el alma á veces, tristes otras, soñando luchas de deseos salidos todos de una entraña sana, luchas humanas que se me hicieron necesarias como el aire al aquilatar el inmenso sufrir de las aborrojadas multitudes

«Pedazos de vísceras me quedan en la ingrata tierra, trozos de corazón que me tiran hacia sí, sangre de sangre á la que me he de inclinar mientras una palpitación afectiva germina entre tórax y espalda, y amigos además.

«Al alejarme, apenas repuesto de mis impresiones taciturnas, levántoseme la República como una inmensidad profusa de riquezas, emporio de virtudes papioleadas, vasta llanura poblada de atropicos animales y de abejas o cuya labor sólo lucen las alimañas, los bordadores del aceite opal de maniles de lámparas que se apagan; porque bien lo dice el señor Mitre: «no basta ser dueño de un territorio rico, si el hombre no se identifica con él por la idea, y lo fecunda por el trabajo».

LIBROS RECIBIDOS

La tierra trida, por Joaquín María Quevedo; *Episodios cubanos*, por Adrián M. Aguir; *La novela de la sangre*, por Ciriaco O. Bunge; *El cordón nacional, consabido por el hogar, la escuela, el trabajo y el idioma*, por Rafael Arias Barceló; *Alma*, por Manuel Chaves; *Arroceros*, por Perfecto B. López; *Libros extranjeros*, por Angel Herrera; *La impureza*, por Celedonio Niza Silva; *La tuberculosis y su profilaxis*, por Carlos Walter; *Comercio de Latinoamérica*.

DIRECTORES

RAÚL MONTEIRO BUSTAMANTE
JULIO LARREA JUAREZ

GERENTE ADMINISTRADOR:

GILBERTO MONTEIRO BUSTAMANTE